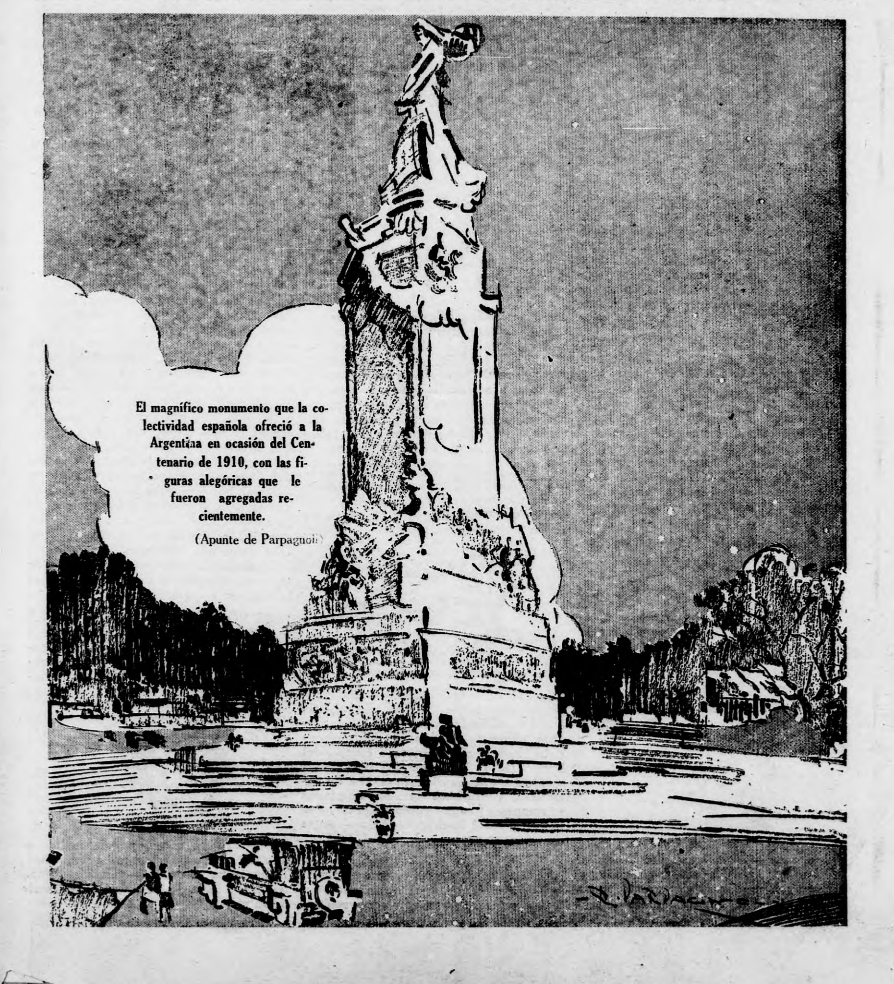
Crítica Magazine

AÑO II. BUENOS AIRES, Lunes 17 de Enero de 1927 No. 10



El magnífico monumento que la colectividad española ofreció a la Argentina en ocasión del Centenario de 1910, con las figuras alegóricas que le fueron agregadas recientemente.

(Apunte de Parpagnoli)

HOMBRES Y COSAS DE LA SEMANA

¡AMERICA PARA LA HUMANIDAD! se ha repetido y se repite en estas horas de angustia para la libertad y la independencia continentales. Se actualiza el postulado del gran internacionalista Sáenz Peña, mientras los tentáculos de pulpo del Tío Sam llegan hasta la cálida tierra de Rubén Darío. Todos los hombres libres ha elevado sus voces ge-



nerosas para repudiar el zarpazo imperialista. La Argentina, como siempre, ha unido su voz de idealismos al concierto de todos los pueblos. La intervención armada yanqui no ha de agregar una estrella más a su pabellón; América no es ni para los americanos ni para los norteamericanos: es para la humanidad.

CARLITOS CHAPLIN, EL MARAVILLOSO actor, está triste. ¡Pobre Carlitos! ¿Por qué está triste el hombre que alegró al mundo metido dentro de unos enormes zapatos? Porque su compañera, la bella Lita Grey, lo abandonó, y, lo que es más grave, llevado consigo a los hijitos de ambos. ¿Las causas de la separación? Unos aseguran que Lita Grey dejó de quererlo a Carlitos; otros dicen que es Carlitos quien nunca ha querido a su esposa.

POR FIN HA LLEGADO LLACOY, el temible, como el Iván legendario. Con su arribo a esta capital, han de aclararse muchas dudas y despejarse incógnitas en el sonado asunto que la impericia de un juez llevó por la torcida senda. Se actualiza nuevamente la campaña de *CRITICA*. Vuelve a recordarse el triste peritaje del doctor Pando. célebre personaje cianurizador. Pronto la verdad meridiana quedará aclarada. Y el fruto del medio dirá que mató por la fuerza ciega del impulso que lo obligaba a delinquir. La caza accidentada del verdadero Llacoy calmará la maledicencia de quienes quisieron tapar el cielo de la verdad con el arnero d la mentira, con fines inconfesables, aún ahogando la inocencia, y haciendo del periodismo cátedra del interés y mercado de la baja logrería.

¡EL CIRCO HA LLEGADO! EL CIRCO que actúa en el San Martín ha debutado en forma espectaculosa. Los funámbulos han traído la alegría circerse cuando se apagaban, como las candilejas, las últimas revistas bataclanas, carentes de brillo y de originalidad. El espectáculo circense ha sido sumamente valorado. La farándula bullanguera inundó de alegría contagiosa a los espectadores de



todas las edades. El conjunto humano y animal es discretísimo. Tonys pintarrajeados, trapecistas elásticos, ecuyéres del brioso tordillo, papagayo burlón, mono lleno de monería y otros, cumplen sus roles a maravilla, mientras ríen los niños y los mayores se desternillan, como en los tiempos aquellos que no volverán, de las cálidas ilusiones que el destino va tronchando inexorablemente.

UN REVOLVER NIQUELADO HIZO SU APARICION en el sagrado recinto de la Cámara de Diputados. Antes hubo un castañazo limpio y una taza de te desalojada de su punto de apoyo.





Como se ve, todos detalles correctamente parlamentarios. Acaso mucho más que los calificativos soeces con que muchas veces se regalan los legisladores entre banca, que el mismo campo del horor. Desde luego, mucho más parlamentarios que los días sin sesión. En definitiva, preferimos que los diputados se rompan el alma—como en el incidente Jorge Raúl Rodríguez-Pena—, antes de verlos haraganeando.

EL PICOTERAFICO Y PULGARATO NEUMAYER tuvo una severa y policial lección en Mendoza. A quien poco antes la gente rodeaba con admiración y sugestión—usando un término caro a él—fué detenido como un vulgar delincuente. Cierto que estuvo pocas horas detenido y que, apenas pisó la calle, tomó el tren para Buenos Aires, pero, de cualquier manera, como escarmiento debe haber sido eficaz. La manga es una cosa conocida entre nosotros, que sólo



respetamos a quienes sepan tirarla con habilidad. Pero con el método Neumayer... ¡qué ingenuidad!... Ahora, le toca al picoteráfico el honor sumo de la popularidad porteña: el titeo. Es probable que aparezca un tango, tomándole el pelo.

TRES DESEMBARCOS DE INMIGRANTES clandestinos fueron realizados durantes estos últimos días, en las inmediaciones del Puente del Indio. Nuestro destacamento Norte tuvo una feliz actuación en estos hechos, lográndose, por su intervención oportuna, descubrir un tráfico de inmigrantes clandestinos, cuyos organizadores actúan desde la otra orilla. Inmigrantes que tienen sus pasaportes en regla hasta Montevideo, son trasladados al Carmelo, y de ahí, en lanchas, hasta nuestra costa, burlando nuestra ley de inmigración. Por otra parte, esa pobre gente, que desconoce el castellano, es infamemente estafada, pues la mayoría de ellas del Puerto—podrían hacer el viaje y—como ha comprobado la Prefectura entrar a la Argentina por el vapor de la carrera, can unos pocos pesos. En cambio, los traficantes les exigen hasta cien pesos por cada uno.

Se abusa de la ignorancia de esa gente, para robarles, y se pretende burlar la vigilancia argentina.

"MIS NOVENTA DIAS DE CARCEL" es el títuo del relato que doña María Poey de Canelo hizo a *CRITICA* y cuya publicación iniciamos el sábado pasado. Sólo quien haya seguido las al-



ternativas de la novela policial urdida a raíz del suceso de Vicente López, sabrá comprender el doloroso relato que María Poey hace de los tres últimos meses de su vida.

LOS POETAS JOVENES QUE SURGEN

No obstante su juventud, Roberto Lasca no, el autor de "La lámpara del hogar", alterna las inquietas y abrumadoras tareas periodísticas con el cultivo de la poesía

MUY joven, casi niño, Roberto Lascano, el autor de "La lámpara del hogar" es una de las figuras nuevas que más se ha destacado en el periodismo metropolitano. Su producción a la que no pretendemos juzgar con espíritu crítico, no es una obra definitiva, pero tiene el valor de los ensayos acertados, pues a través de las páginas del libro que acaba de publicar se perfila como un vigoroso escritor.

Un mundo nuevo: Marionetas y seres de resortes—

"La lámpara del hogar" es un libro de versos henchido, grato, aterciopelado. "La lámpara del hogar" responde a una inspiración, a esa emoción que se experimenta junto al calor de la brasa, emoción quieta, y que se acerca mansamente al corazón, sobre sus pies descalzos.

En las horas de invierno, y cuando "sueltos andan los duendes", al grito fugitivo del viento buscar un lugar junto al fuego, y contemplarlo fabricar "castillos y castillos de cenizas".

Sobre éstos y otros motivos está escrito "La lámpara del hogar".

También se canta a la naturaleza, al amor. Al ático son de la flauta de Marsias, se recuerda que se deslizan a ras del espíritu y luego se apagan, como las barbujas que erizan el pecho del agua llovida.

Pero lo que domina en el libro es la nota infantil.

Los sueños, los ademanes, los diáfanos pensamientos de la infancia, cruzan a través de las páginas del libro y levanta su vuelo de repente, con sordo ruido de alas.

Las muñecas, los personajes de los cuentos, las dulces y viejas de la abuela, se hospedan en la mayor parte de sus estrofas.

Se diría que el payaso y la bailarina, viven en aquella casa de mil ventanas que el niño abarca en la escasa dimensión de los cinco dedos de su mano, y que el muñeco de madera excéptico, risueño y filósofo, comparte aquella vivienda, conjuntamente con otros tantos personajes de trapo y de paja.

Allí viven y sueñan, allí nacen y mueren, allí llenan las mil pequeñas tragedias y alegrías de la cuanto su condición de muñecos la exige.

Al que se acerca a la fina intimidad del libro, le es cosa posible mirar con todo el tamaño de los ojos abiertos de la muñeca, sentir latir sus pensamientos, como en la soledad nocturna de un cuarto de soltero, se siente a través de las paredes, latir el viejo reloj de madera, ya cansado, ya gastado, pero siempre confidencial, como en los días de la infancia. Puede decirse que los muñecos, los duendes, los sueños del niño, viven y sueñan en la húmeda intimidad de las páginas del libro, como en un mundo real y lógico.

Allí figuran todos, sin distinción. Tanto el juguete que perteneció a ese niño pobre, que un día amaneció muerto sobre su lecho de enfermo:

Con un brazo bajo la almohada y otro apretando su cuerpo, o la muñeca rota y abandonada sobre el patio de baldosas, un día de lluvia, con el vientre y las piernas rotas, por donde se escapa su vida en río de aserrín, pero con una clara sonrisa en la boca.

Muñeca, fuiste el sueño y el (desvelo del chico:
Llegaste un día hasta sus ma- (nos,
y tu llegada festejó .
en su rubio clarín de lata;
lleno de marchas el tambor.

"Los cuatro capítuos"—

Cuatro capítulos encierra el libro. Son cuatro partes, como cuatro libros pequeños, unidos, encuadernados.

La rueda del molino es el primero, y ofrece el aspecto dulce y risueño de una ronda de niños jugando en una clara noche de luna junto a uno de esos viejos molinos de agua, molinos de cuatro aspas enormes, obra de lilliputienses, que se mueve mansamente al correr de las ondas del río.

La flauta de Marsias, el segundo, recuerda las mañanas campesinas, los pastos húmedos, los animales y la gente sencilla cultiva los campos.

Emociones delicadas, evocadas al son sútil de un caramillo, o de un flautín de caña, como dice el autor. Recuerda en ciertas estrofas los crespúsculos azulados, en cuyo seno parece gestarse el sueño del mundo, hora de recogimiento en la que: los grillos soplan entre los setos sus ásperos flautillos.

Confesionario, otro de los capítulos, encierra composiciones de distinto sentido poético. Son instantes en los que el espíritu del poeta, se siente mordido por la amargura y a veces por la desesperanza. Es un capítulo lleno de estrofas profundas, pero dicho sea de paso, es la parte menos original del volumen.

Lesbianas, el cuarto y último de los capítulos, contiene composiciones calidas, todas fundidas en un semitono, en una suave gama de vaguedad poética.

Muchas de las composiciones de esta parte del libro están inspiradas en recuerdos, en instantes supremos, en impresiones y símbolos, que se perfilan sobre un inquieto clarobscuro.

Y entonces se canta a la mujer cuya carne es como una:

Fruta otoñal, que deja adherida en la mano y en la boca, el maduro perfume de su pulpa.

HOMBRES POPULARES



A pesar de su color, el negro Kid Charol sigue siendo el hombre del día. La enorme popularidad de que goza el formidable boxoador entre nuestros aficionados se acrecentó durante la semana anterior a raíz de haberse anunciado que es posible que el campeón cubano cruce sus guantes con el excelente púgil italiano Bosisio

CRAWLEANDO

COMENTARIOS SOBRE TEMAS NAUTICOS, DE MUCHA ACTUALIDAD PARA ALEJAR EL CALOR QUE NOS SOFOCA Y DERRITE EN ESTOS DIAS

ZORRILLA se fué, y al decir esto parecería decirse, que con él se ha ido el más grande de los valores deportivos. Francamente no hay duda, eso es tan evidente que ha llegado a convencer a la mayoría hasta volverla pesimista con respecto a los resultados de nuestra temporada náutica. Y aquí radica el error y sería el caso de aventurar el conocido dicho de "No hay moros en la costa" y llegamos a la conclusión de que es el momento oportuno de ocupar el vacío que el buen Kandy nos ha dejado momentáneamente.

Comprendo la natural curiosidad por saber el nombre de ese osado sucesor. Sin embargo, es tan fácil preverlo... basta tan sólo dirigir la vista a sotavento y divisaremos una serie de siluetas que nos hará deducir que a río revuelto ganancia... etc., etc. No sabemos entonces a que atenernos? No han marcado por allí 1'3"; supongamos que el reloj haya estado un tanto entusiasmado, pero es evidente que tanto Uranga como Moreau, Bideau, Fervor y Roca son valores tan parejos que la interrogante se impone con respecto al resultado de un match. De ese resultado sacaremos al segundo campeón argentino y puedo adelantar sin estar por mucho equivocado que el tiempo oscilaría en 1'5" lo que significaría un carrerón y... base segura para seguir el camino a fin de anular los picos.

Y siguiendo de esta suerte en el tren de comentarios en que nos hemos metido, — es razonable, ¿no estamos viviendo el pró logo de la vida de calor? — del reino de los ranchos, de la invasión de las cosas heladas, sí... pero muchos helados, porque hay veces que este bendito calor nos hace pensar y muy en serio, que de seguir así, nos convertiremos en vulgares bataclanas, y pensar luego que alguien las critican. Pero son los menos, y éstos menos, pesan de los 100 para el cielo, — y amigos; en esa categoría ya han perdido la noción de las bellezas plásticas, edilicias y cuantas bellezas llenan este viejo mundo, con que amén, y pensemos en el elemento que compone las categorías inferiores, es decir, en todos aquellos que forman el llamado plantel del porvernir y en el que tenemos atenta nuestra mirada. Comencemos por riguroso orden de estatura. Primero los "Pechistas". Por este año nos conformaremos con 1'29" como mínimo, y esto dicho con la más buena voluntad, (aprovecho esta oportunidad para recordar que en este estilo deben realizarse más carreras, pues los componentes de esta cofradía son tantos, que merecen una atención especial para no frustrar ese prematuro entusiasmo y hacer decaer un elemento de indiscutible valor). Por si esto no fuese lo suficiente convincente, daremos algunos nombres... Caridad, Mera, Ponce Elorza, Pinazo, Zappam, Clemens y Marino, aunque es de lamentar que este último (uno de los más calificados) se nos fugue, haciendo honor al apellido, para Europa; buen viaje camarada y que por lo menos seas una avanzanda más que demuestre que aquí también hacemos espa...... —punto y aparte—. A. Meyer, Egaña, Cattaruzza, Schmit; estos cuatro nadadores son el punto fuerte de la especialidad en que hemos estado ala craneando, son los fenómenos que con un metódico entrenamiento nos brindarán instantes de emoción tal como lo hiciera Zorri aquela primera vez que se nos acercó al minuto, es decir nos hizo emparentar con su clase, a los ases de este deporte.

No debemos olvidar que en una especie de antesala nos esperan nadadores de estilo libre, de inmejorables condiciones y que nos prometen un futuro para la Argentina bastante halagador. Sus tiempos actuales que oscilan entre el 1'10" al 1'15" son pruebas que afirman esta opinión. Este plantel lo forman: Castro, Feijóo, Alvarez, Rovere, ..., Rovira, Bastianini, Lidle, Castillo.

Pegasano, Fervor, Roca, Beherensen, Martínez Echenique, son promesas para espalda y que en el caso de no haber deserción nos probarán que llegar a 1'20" es fácil cuando se posee voluntad.

"Hoy vos mañana yo". Este es el lema que impera y anima al terceto de saltos ornamentales Velazco, Guilly y Fontana. Para ellos el amor propio es una cosa tan mezquina que no figura en sus bagajes de sanos sportsmen y esa razón poderosa para muchos, es para ellos un mito. Con este sano criterio de verdaderos deportistas harán realzar con su presencia cuanta reunión náutica participen.

"Y era buena"

Tal es el título de un nuevo tango de que es autor R. V. Carmona

El señor Virgilio R. Carmona autor del tango "Y era buena" acaba de dar a luz una nueva edición, la que, como la anterior está llamada a agotarse rápidamente.

El tango que se ha tocado en lujosas confiterías gusta al público pues su motivo es de real interés.



El señor Carmona a quien le esperan éxitos como el presente, tiene en preparación además, otros dos tangos, que próximamente saldrán a la venta y que se titulan "En Puerto Nuevo" y "En la Rivera".

ASPECTOS DEL BALNEARIO *por ARTECHE*



Un flirteo, mientras ruedan las olas y sopla la brisa...

Una mamá distraída y su nena entusiasmada

Una emoción balnearia por pocos centavos

Aplacando con frituras l hambre que no respeta

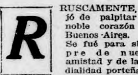
Una dama que ha tomado en serio los derechos de la mujer

Donde uno recuerda los tiempos aquellos... que no volverán

En las aguas barrosas del río

Homenaje Póstumo al Poeta Gustavo Riccio

Ha muerto Gustavo Riccio



RUSCAMENTE, dejó de palpitar un noble corazón de Buenos Aires.

Se fué para siempre de nuestra amistad y de la cordialidad porteña un muchacho poeta un niño grande que reía, ingénuamente, con las criaturas que despedazan el sol y lo reparten como un trozo de pan, y se emocionaba contemplando la monótona película de dolor, filmada por la miseria en los hogares de la pobre gente humilde.

Ha muerto Gustavo Riccio. La Fatalidad que ronda las vidas inquietas de tantos poetas jóvenes, talentosos y anónimos, clausuró el libro claro, límpido y bello que vivía Gustavo Riccio con el trágico ex-libris de un vómito de sangre.

Pajarito de Buenos Aires que huyó al arrabal de Dios, Gustavo Riccio nos entristece el alma con una lágrima de pena. De pena, porque ya nunca jamás, volveremos a estrecharnos las manos con un verso

Nosotros siempre lo quisimos mucho a Gustavo Riccio. Por eso este elogio póstumo, escrito con sangre, como ordenaba Niezstche, no es una lamentación de "mea culpa".

El arrepentimiento, queda para aquellos que buscaron amargarle la vida y obstruirle el camino. Para los sinvergüencitas de la literatura de veinte centavos, a quienes Gustavo Riccio les hacía el honor de su desprecio.

Porque Gustavo Riccio era tan noble, que merecía haber llegado a la edad patriarcal.

Tuvo, sobre todas sus virtudes, una virtud: la sinceridad.

Ahora, en el mundo desconocido, fraternizará con Rafael Barret, el maestro bueno y triste.

El poeta Gustavo Riccio ha muerto. Vivió en paz con su conciencia y descansará en paz.

Enrique González Tuñón.

Poemas inéditos de Gustavo Riccio

Calor

(Inédito)

Areguá levantaba la punta de su cerro
para que la tocase el sol.
El camino, con hondas heridas de carretas,
se retorcía de dolor.

* * *

¡Calor bárbaro y épico del campo paraguayo!

* * *

Jugaba el Mediodía a la pelota vasca
haciendo rebotar un camaleón
que cambiaba de traje como Frégoli
para que lo dejase tranquilo el jugador.

* * *

¡Olor de sexo en ascuas, sudoroso y hambriento!

* * *

Las cañas, apretadas, se daban de codazos
embrutecidas por su propio alcohol.
El silencio era un grito de guerra que clamaba
por el trueno, gruñido de Dios.

GUSTAVO RICCIO

YO EN EL PARAGUAY

(Inédito)

"Aquí estoy porque he venido".

Un jueves a las 10 de la mañana.
En el puerto un escándalo de sol.
Sol que grita en el aire. Y un tum
en la barriada de mi corazón.
El muelle que hacia atrás se va alejando.
Y sobre el barco yo.

Allá se quedan los cariños viejos.
Voy los cariños nuevos a buscar.
A la calle sin curvas de mi vida
hoy le abriré una diagonal.
(Y un martes a las 10 de la mañana,
en Asunción del Paraguay).

En esta esquina de mi vida quiero
subirme en mi entusiasmo para izar
sobre el mástil de un grito la bandera
de mi palabra más cordial

Pero es corta mi voz y, humildemente,
arrebujado en mi silencio voy
a sembrar en el surco de mi verso
mucho amor, mucho amor;
y a iluminar las nieblas de mi anónimo
con la bujía de mi corazón.

GUSTAVO RICCIO

Del libro póstumo "Gringo Puraghei".
(Cantos de gringo)

Impresiones



STABAMOS alrededor de una mesa de café y eran más de las 12 de la noche. Naturalmente, llegó el instante de las confidencias. Comenzamos a recitarnos versos. Le llegó el turno a Gustavo Riccio, al "gordo" como le llamábamos sus familiares. Y se animó. La enfermedad había hecho estragos en él. Ya no era el muchacho jovial, animoso, dispuesto siempre a la broma que le creó algunos enemigos, estúpidamente irreconciliables, porque fueron incapaces de ver tras de su humorismo al muchacho noble y candoroso que era él. Ahora, la enfermedad le había lividecido el rostro expresivo, le había apagado las pupilas inteligentes, le había extrangulado la voz. Esto último lo hizo sufrir mucho en sus últimos tiempos. Riccio era un orador por naturaleza: cáustico y ágil. También recitaba notablemente. Al pedirle que lo hiciera, se animó. Pero del muchacho de palabra fácil y expresión cautivadora, sólo quedaba un espectro. La voz, sobre todo, no le respondía ya, trágicamente enronquecida. Y con aquella voz que en vano intentaba hacer sonora, asfixiándose, nos recitó "La Carreta", uno de sus más hermosos poemas paraguayos del libro "Gringo Puraghei", que deja inédito.

Es un poema másculo, henchido de esperanzas, iluminado por la visión del futuro. Sus estrofas más optimistas se me entraban al alma, desgarrándomela:

"Es cruel la carreta; destruye los caminos
por eso no la dejan por los caminos nuevos
y los nuevos poetas también la rechazamos
de los nuevos caminos que se abren al verso."

. . . .

Yo sabía bien que quien escribía estas cosas estaba irremisiblemente condenado, que debía morir, que quizás viviera sólo unos meses, tal vez unos días más. ¡Y escribía cosas así!:

"Venga el bravo automóvil, elocuente de ruidos,
que reduce el esfuerzo, que hace cortos los largos
caminos y que tiene sangre de macho púgil;
¡venga a asustar los cuervos del campo paraguayo!"

Terminó de decir. Los otros amigos desbandaron sus palabras de elogio, subyugados por la emoción de esa poesía caliente de sol y de sangre. Yo quedé silencioso y amargado. Yo pensaba en la injusticia que iba a cometer el destino, matando a aquel muchacho inteligente, bueno, sensible y capaz de transformar en verso la corriente pujante y jocunda de la vida. ¡Gustavo Riccio merecía vivir... Una semana después murió.

Alvaro Yunque.

Riccio fué un muchacho de bien y un poeta sutil, de idealismo tonificador. "Un poeta en la ciudad" reveló su valimiento.

Además sabía seleccionar con tino y divulgar la buena literatura. "La Antología de versos para niños", con sus 51 composiciones bien selectas, sirve para revelar su gusto literario.

Riccio fué un excelente lírico, que cantó aún para entretenerse, al sentirse desfallecido mientras lo iba asechando, sigolosa, la implacable. Con su prematura muerte se ha perdido una realidad positiva y la nueva generación a uno de sus liders de más generosa idealidad.

Oscar Alberto Ibarra

Primaveral

(Inédito)

Esta mañana rubia se descolgó del cielo
y se acostó en la calle transparente de sol.
Yo retuve brazadas de sol entre mis brazos
y eché a volar al aire la última canción.

Ya no fijé mis versos en el papel. Los dije
a oídos de la brisa que la piel me rozó.
Se fué la pasajera llevándose mis versos
y dejándome el grito de gorrión en la voz.

Ah. muchacha que pasas desnuda en tu vestido;
yo siento esta mañana renacer el amor;
por no tenerte al lado mis versos dí a la brisa
y malogré un abrazo para abrazar al sol .

GUSTAVO RICCIO

¡Chau, heramano!

Del grupo de Boedo, eras el más bueno
y acaso el único triste
y te fuiste
en un vómito sangriento.
(Después, los críticos dicen que nuestra tuberculosis
es puro cuento).

* * *

Te recordamos como si fuera ayer,
grande, colorado,
con tus bellos cabellos rizados

* *

y tu cutis de mujer.
¡Chau, hermano! Te llevaron Rivadavia arriba.
la calle larga que cantaste tanto,
porque vos amabas a nuestra ciudad.
¡Chau, hermano! Con un poco de llanto,
tapiamos la bronca de tu ida forzosa a la eternidad

Nicolás OLIVARI.

A Gustavo Riccio

POETA

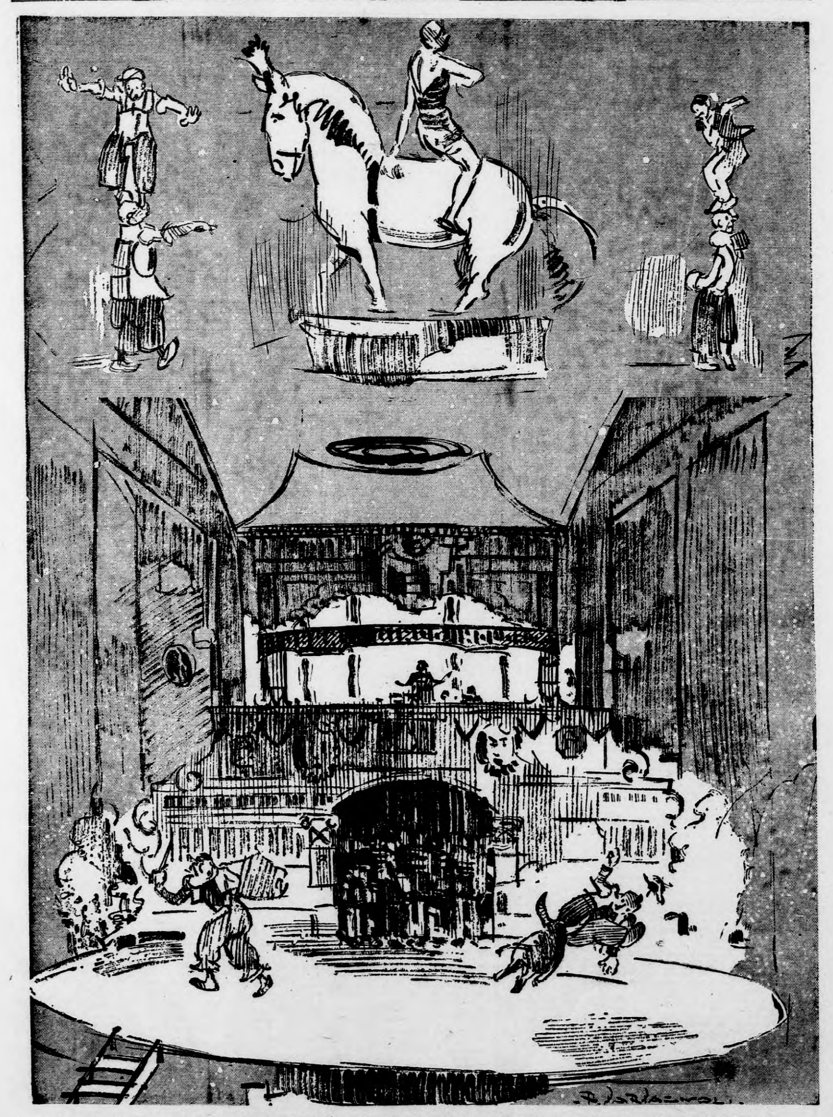
Te dijo al oído: — Vamos... — Y te juiste
sufrías tanto, estabas tan enfermo...
Te arañaba la luz por juir de tu alma;
tenías tanto sueño...

Eras... ¿Pa qué decir tuito lo qu'eras?
Yo lo sabía y ni decirlo puedo...
¡Pucha, cómo arrempujan los dolores
las palabras p'adentro!

¡Cómo se añudan con un hilo 'e lágrimas
y echan gotas de yel los sentimientos!...
Y no saber yorar... regar la tierra
que tapó la ceniza 'e tanto juego!...

Y güeno; Adiós!... Yo sé que me querías
Vos te juistes agora. Yo iré luego.
Dejáme, mientras tanto, que te engüelva
con un trapito 'e pena en mis recuerdos...

E. OROZCO ZARATE.



Apuntes de Parpagnoli de al gunas de las escenas del circo que actúa con gran éxito en el teatro San Martín

ACTUALIDADES DEL MUNDO LITERARIO

Libros inútiles

La mayoría de los libros de crítica que se publican en Buenos Aires, son completamente inútiles. No agregan ningún nuevo elemento para juzgar al autor o autores de que se ocupan. Tan inútiles son, que los mejores investigadores de los valores poéticos terminan por "escribir" antologías.

¿Qué poeta sobrevive de los que catalogara amicalmente en "Nuestros poetas jóvenes" el ex concejal Roberto F. Giusti?

Acaso... ¿Ernesto Mario Barreda?... Sería un triste resultado de una labor crítica de más de veinte años.

Otra piedra en el vacío es la que arrojara el señor Emilio Suárez Calimano, secretario de la revista "Nosotros" y autor del libro "21 ensayos". No son, precisamente, "ensayos" los ensayos de Suárez Calimano. Son artículos escritos, algunos, por obligación de amistad y otros profesionalmente, en la sección bibliográfica de la citada revista, a los cuales nunca debió otorgarle el autor categoría suficiente para justificar un volumen.

Criticable es también, el hecho de que Suárez Calimano se presentara con sus ensayos al Concurso Literario Municipal, para optar un premio estímulo, cuando los premios estímulos sólo deben adjudicarse a las obras de creación.

Anotamos una falta absoluta de pudor intelectual:

El diputado nacional doctor Augusto Bunge, de filiación socialista, que en sus ratos de ocio perpetrara aquella inolvidable pésima traducción de "El hombre es bueno" de Leonard Frank, ha vuelto a las andadas. Producto de esta lamentable reincidencia es la versión socialista del "Fausto" de Goethe, que según nos informa el concejal Penelón, será cantada en la inauguración de la "Casa del Pobre Pueblo".

Pero hay más. El diputado Bunge se presentó al Concurso Municipal, con su traducción, para disputar cinco mil o tres mil o dos mil pesos, a los poetas y escritores jóvenes que se rompen el alma escribiendo libros fuertes, bellos y originales.

El doctor Augusto Bunge, es un profesional de la política criolla socialista y amenaza convertirse en un profesional de la literatura.

Carlos de la Púa, más conocido por el "malevo Muñoz", se resiste a publicar su Misal Reo. Teme que dicha obra infunda pánico entre los socios de la Peña, donde el malevo actúa de angelito.

Nos preguntaron varios lectores indignados, quién es el señor que hace como si fuera crítico y se oculta bajo el pseudónimo de "M. López Palmero".

López Palmero no es importador de conservas y pimientos morrones. Es en realidad López Palmero, maestro de escuela que escribe algunas cositas sin importancia para entretener a los niños.

Horacio Rega Molina, se ha trasladado a Mar del Plata para hacer navegar en el "proceloso océano", "el barco de papel de nuestra infancia".

El dibujante argentino Francisco A. Palomar, que popularizó su pseudónimo "Fapa" en las revistas de la nueva generación, se ha radicado en Río de Janeiro.

Prepara una exposición de caricaturas de los hombres de letras de aquella ciudad: Coelho Netto, Agripino Grieco, Monteiro Lobato, Osvald de Andrade, Ronard de Carvalho etc., etc.

El diario "A Manha" de Río de Janeiro, reprodujo en su página literaria, dos acertados trabajos de "Fapa": el poeta Oliverio Girondo y el pintor Fernando Fader.

El director del diario "A Manha" de Río de Janeiro, doctor Mario Rodríguez, nos pide que invitemos a los poetas y escritores jóvenes a enviar sus libros a la redacción del citado periódico, para ocuparse de ellos en la respectiva sección bibliográfica.

Samuel de Madrid publicó un "Libro Atormentado". Los atormentados serán sus escasos lectores. El caso de este joven que ejecuta sus composiciones en la misma lira del vate Félix Visillac es curioso. A cada nuevo libro que veía la luz para sumergirse en las sombras, la crítica unánime le rogaba en todos los tonos que no escribiera más versos.

Joven: hay otras actividades útiles que necesitan su esfuerzo: la agricultura, la ganadería, las compañías de seguros, etc.

Lorenzo Stanchina, el vigoroso escritor joven de "Brumas", "Inocentes" y "Desgraciados", prepara un nuevo libro de cuentos que, sin duda, atraerá la atención de la crítica.

Jorge Luis Borges, poeta palermitano, tiene el propósito de glosar el tango "Te acordás, hermano...". Ha adquirido una vitrola y no conforme con darle manija diez veces al día, transmite el tango de Canaro por teléfono a sus amigos.

Silverio Manco publicará en breve "Barro del suburbio", impresiones agrias y tristes de la vida real, cosechadas al pie de su mesa de cronista policial de CRITICA.

De la revista de arte y crítica libre "Martín Fierro", desglosamos la siguiente nota, por considerarla inspirada en un deseo de justicia. Dice así:

"Sierra Chica" es el sugestivo título del próximo libro de **Luis Dieguez**, autor de "Espantapájaros" y ágil periodista que es nuestro compañero de tareas. En "Sierra Chica", libro trágico, amargo y angustioso, van desfilando los delincuentes que purgan sus crímenes en ese penal.

Es probable que **Luis Dieguez** incluya en su interesante obra, un apéndice donde relata los atentados contra la literatura, la moral y el buen gusto, perpetrados por los oscuros literatos "a la violeta", de "claridad".

Agripino Grieco, académico, crítico del diario "A Manha" y uno de los más respetables escritores brasileños se ha ocupado extensamente de "La musa de la mala pata" de **Nicolás Olivari**.

Dice entre otras cosas:

"Olivari es un poeta realista y sarcástico que canta al cabaret, a los noctámbulos, a los bebedores de gin y ajenjo, a los criminales y a los atorrantes. Su musa, "la musa de la mala pata" es cocainómana y tiene la garganta requemada por todos los líquidos corrosivos. Su resplandor es eléctrico, de lámpara de café y de taberna ínfima.

Canta a la dactilógrafa tuberculosa, que es su Dama de las Camelias, sin cursis decoraciones, su rondel de melancolía, presa en un teclear mecánico de epístola comercial.

Dramático y burlesco, Nicolás Olivari, aturde y sobresalta al lector.

El crítico más obcecado encontrará en el libro de Olivari, un exceso de talento.

En el último número de "La Cruz del Sur" revista de vanguardia que aparece en Montevideo bajo la dirección de los jóvenes escritores A. y G. Guillot Muñoz, se publica un interesante artículo sobre "Lautreamont y el satanismo" que firma Antonio Rodríguez Varela.

Antonio Rodríguez Varela fué nuestro querido compañero en los cenáculos improvisados en los cafés porteños.

"La Cruz del Sur" dedica especial atención a los libros argentinos y su último número se ocupa elogiosamente de "El Violín del Diablo" y de "La Musa de la Mala Pata".

Al referirse a "El Violín del Diablo", el articulista traza un original paralelo entre Raúl González Tuñón y Silva Valdez.

El poeta Calixto Oyuela anuncia la probable aparición de un libro de poemas ultraístas titulado "Calles como estrellas", con un prólogo de Jorge Luis Borges.

Las filas raleadas de Boedo — literatos "alle vóngole" como los calificara un comentarista de esa "Avenida de Mayo del Arrabal" — son un verdadero foco de infección. Menos mal que fueron aisladas por el cordón sanitario de la más brillante juventud argentina.

Una revista de la calle Boedo lamentaba que en la sección "Hoy" de CRITICA al reproducir versos de sus colaboradores, no se incluyera la procedencia. Cuanto más podríamos decir nosotros, ya que otra revista de la misma editorial transcribe íntegros los artículos de CRITICA, — por ejemplo el titulado "Es necesario que los desocupados se decidan a romper ventanas" — y al mismo tiempo, injuria a sus autores.

Definiciones. ¿Qué es realismo? Pornografía. L. B.

Evar Méndez, animador de la juventud estudiosa embanderada en "Martín Fierro", publicará este año un documentado estudio sobre los valores de la nueva generación. Será ésta una obra importante, pues constituirá una exposición de la joven literatura argentina.

Los candidatos con más "chance" para optar los premios municipales.

Poesía: Nicolás Olivari, Raúl González Tuñón, Jorge Luis Borges.

Prosa: Roberto Mariani, Roberto Arlt, Eduardo Mallea.

PARNASO EPIGRAMATICO

Ya no le canta a la Luna
el poeta Vázquez Cey.
¿Estará escribiendo una
historia de María Poey?

Aquí reposando, está
aunque no te importe a ti—
Atilio García y Mellid
alumno de Visillac.

Junto a esta cruz de abedul
—consonante de Lugones—
Aquel del "Poliedro Azul"
come pimientos morrones.

Castelnuovo, el "Maldito"
de este nicho no se sale.
Y no hay que dar por el pito
más de lo que el pito vale.

SE DICE...

—Que en el año corriente se modificará la ordenanza municipal de estímulo a las obras literarias.

—Que sería conveniente una revisión del articulado de la ley nacional de la producción científica y literaria.

—Que ha merecido juicios encomiásticos en el exterior el libro de poesías de Raúl González Tuñón el joven e inspirado poeta argentino.

—Que "El Empresario del Genio", de Carlos Alberto Leumann, es un éxito de librería.

—Que se piensa rendir un homenaje a la memoria del malogrado escritor Gustavo Riccio, recientemente fallecido.

—Que el Señor Gustavo Martínez Zuviría prepara varias novelas para el año corriente.

—Enrique González Tuñón tiene ya lista su obra "El alma de las cosas inanimadas" obra original y sesuda.

—Que serán vertidas al francés las meditaciones líricas de Diafanidad, de Oscar Alberto Ibar.

EN EL INDEX...

"L'Action Francaise", órgano del nacionalismo integral francés, del que son directores políticos León Daudet y Charles Maurras, es lectura prohibida por el Vaticano, pues acaba de incluirla en el Index histórico.

Esta resolución pontificia ha logrado despertar aun más el interés por el periódico parisino, y por la labor de los polemistas formidables que lo dirigen.

ALGO QUE SE VA

Aunque es hoja reaccionaria y sus líders sueñan con la vuelta del realismo, está redactada con ingenio.

Ha cerrado sus puertas definitivamente por el avance de la piqueta demoledora de la Municipalidad, la Gran Quemazón, tradicional casa de venta y canje de libros usados. En sus viejos anaqueles se guardaron libros de toda índole, y el estudiante de escasos medios o el lector asiduo encontraron allí mucho pan espiritual, y algunos autores las obras que dedicaran a diarios o creídos camaradas de las letras.

La demolición, en aras de la estética edilicia, de la casa popular de los libros nos priva a los parroquianos de un comercio donde se liquidaban publicaciones, cuando el "ama de don Quijote" dejaba buracos en las estanterías, y donde se hallaba el bibliófilo piezas valiosas, entre el montón de las novelas o libros de aventuras.

EL TABACO

POR Alejandro Arruti

Al acabar de leer el enérgico suelto con que el doctor Lacabeza iniciaba una campaña contra el tabaco, Camilo Pañuela quedó más consternado que si le hubiesen hecho la trepanación. Si el suelto hubiese sido un perro hidrófobo, la impresión recibida no hubiera sido mayor. El caso no era para menos. Si el doctor Lacabeza no tenía alterado el apellido, él, a estas horas, debía tener los pulmones y sus alrededores, hechos acreditado cisco, y con una considerable cantidad de porquería.

Camilo Pañuela era de los que encendían un cigarro en la colilla del anterior. No podía, pues, dudar de esta verdad evangélica. Era un ser corrompido materialmente, una ruina, al lado de la cual, las de Itálica se podían considerar construcciones más modernas que el charleston. En fuerza de repetirse este argumento, mucho más desagradable para él que el de una película americana, Pañuela llegó a la íntima convicción de que por el hecho de llamarle cotidianamente vicioso y corrompido, su costilla poseía más inteligencia que las vulgares de ternera o de cerdo, con las que hasta la fecha, consideró de justicia compararla.

Inmediatamente corrió a casa del doctor, para someterse a un reconocimiento. El trayecto desde su domicilio hasta el de Lacabeza, lo cubrió en un minuto, veinte segundos, cinco décimas, batiendo por unas décimas el "record" mundial del kilómetro lanzado sobre adoquines. Podemos, pues, asegurar, sin temor a introducir el remo, que más que correr, lo que hizo fué tirarse a Lacabeza. Llegó a su destino con algo de fiebre, cosa natural si se tiene en cuenta que llevaba unas décimas más.

El doctor Lacabeza se mostró desde el primer momento pesimista. El reconocimiento se prolongó de tal manera, que el paciente, que era muy impaciente, se vió obligado a llamar al orden a Lacabeza. No era necesario que su reconocimiento fuese eterno; desde el día de su nacimiento había sido reconocido legalmente por el autor de sus días. El doctor, al tomar la palabra para dictar el diagnóstico, no pudo menos de ponerse serio.

—Es usted un caso típico de tabaquismo crónico. Se dan en usted claros todos los caracteres de la enfermedad. Gingivitis, dispepsia, hiperpepsia e hipopepsia. Tiene usted que privarse del tabaco, y secundar la obra regeneradora que yo he iniciado, en beneficio de la humanidad y en perjuicio de la Tabacalera. Si persiste usted en fumar, quedará usted reducido a un guiñapo humano, y las enfermedades que en usted se inician sufrirán complicación. Más tarde sobrevendrían gastralgias, ambliopías, arritmia, vértigos, y hasta cólera morbo. Usted verá lo que hace.

Pañuela salió de la consulta como si hubiera tomado unas copas de más, pero en realidad con cinco duros menos. Las palabras del doctor le habían desencuadernado. Ni por un momento dudó de la verdad de sus afirmaciones. No. No podía fallar Lacabeza en su diagnóstico. Si fallaba Lacabeza, era como para volverse loco... de alegría.

A los quince días de su heroica resolución, se había quedado sin amigos por su manía regeneradora y especialmente porque en ningún momento se podía contar con su petaca. Cinco más tarde, pasó por el bochorno de verse condenado a sufrir vergonzosa quincena, por unos puñetazos cruzados con el director de la fábrica de tabacos. Y al mes justo de desterrar de sus pulmones el humo nocivo del pitillo, Camilo se quedaba sin empleo por sostener a pulso la opinión de que los legítimos Aguilas, que fumaba su jefe burocrático, eran una verdadera porquería combustible.

Hasta que un día...

Un día Pañuela tuvo la desgracia de leer lo que sigue: "Mediante los profundos estudios llevados a cabo por el doctor Retaco, se ha llegado a sentar la conclusión de que el tabaco, lejos de ser nocivo como se supone, obra como poderoso preservativo. También se ha llegado a comprobar que las campañas llevadas a cabo por el doctor Lacabeza en contra de esta tesis no tiene otro móvil que perjudicar a la Arrendataria, con quien está a matar, a causa de las últimas subidas aplicadas al tabaco. Consideramos un deber poner en antecedentes de esto a aquellos ingenuos que hayan seguido las egoístas indicaciones de Lacabeza."

Pañuela no leyó más. Corrió a casa del doctor, a quien sorprendió fumando un curuncho, disparó su pistola tirando a dar, dejó seco a Lacabeza en el sitio a consecuencia del disparo, y a consecuencia del susto dejó también seca al ama de leche de la casa, que desde aquel momento dejó de serlo.

Dos horas antes de ser detenido, se había fumado el importe de las pistolas.

CUENTISTAS CHILENOS

TIERRA BRAVIA

Por MARTA BRUNET

POR la ventanita cuadriculada de vidrios diminutos, Juan Antonio echó una mirada indagadora al interior del despacho. No había nadie. Entonces entró andando en puntillas, sonriente y emocionado perdiendo a cada paso el equilibrio, que el equipaje en sus manos era pesada carga de kilos.

Cuando se acercaba al mostrador — dirigiéndose a la puerta que detrás comunicaba con el resto de la casa — un perro blanco y café, un fox-terrier que dormitaba en un rincón, alzó la cabeza, dando un largo ladrido, sin moverse de su sitio, volviendo luego a su postura de rosca, pero vigilando atentamente con los ojillos vivaces al recien venido.

—Ya voy — dijo adentro una voz desafinada de niña.

Juan Antonio miró con rencor al perro que cerraba los ojos y se adormecía en la paz del deber cumplido, puso el equipaje sobre el mostrador y aguardó con la emoción golpeteándole reciamente el pecho.

Apareció en el vano de la puerta una jovencita que se detuvo acabando de trenzarse el pelo, con una cinta entre los dientes, entornados los ojos atentos a la obra de los dedos. Llegada al fin de la crencha castaño dorada, la ató con la cinta en lazo prolijo y con un movimiento del busto que hizo diseñarse los pequeños senos adolecentes echó la trensa a la espalda. Y entonces miró al recién llegado.

—Mariquita — dijo Juan Antonio, saliendo de su asombro.

La tenía fija en el recuerdo tal cual la dejara ocho años antes, niña, y sin darse cuenta del tiempo transcurrido esperaba absurdamente encontrarla igual, niña aun. A pesar de la transformación, reconoció en seguida los grandes ojos café obscuro, que a la distancia parecían negros, la naricilla respingona y la boca breve de cereza madura. Era el óvalo de la cara el que había cambiado, alargándose, definiéndose en contorno de gran belleza; era la expresión la que tenía ahora una gravedad extraña, algo inquieto y enternecedor; era el cuerpo alto, vigoroso como un roble en la montaña.

Se miraban: Juan Antonio estupefacto y encantado: Mariquita sorprendida y dudosa.

—Mariquita — dijo el joven — ¿no me conoces?

—Usted... usted es Juan Antonio...

Pero llegaba una mujer cincuentona, maciza, morena, con la cabeza demasiado chica, desproporcionada al resto del cuerpo. Los ojos redondeados, vivísimos, parecían cuentas de azabache, la nariz era chata y la boca de labios delgados tenía color y frescura de juventud. El conjunto era feo, pero de extraordinaria simpatía.

—¡Mi hijo! — y abrió los brazos.

—Mamita... Mamita... — la besaba, abrazándola, sin atinar con otra palabra en su contento. — Mamita... Mamita...

La mujer echó a llorar, con la cabeza hundida en el pecho del hijo. Pero tenía las sensaciones rápidamente dominadas por su grán carácter. Un momento después lo miraba casi tranquila, llena de preguntas y atenciones y mandados, que así era: inquisidora, bondadosa, dominante.

—¿Por qué no avisaste? No te esperábamos tan luego.

—Es que quería darles la sorpresa.

—¿Te viniste en el tren mixto?

—Sí, mamita.

—Estás más gordo. ¿Trajiste la ropa de abrigo? No te vayas a enfermar, el clima aquí es muy traicionero.

—Traigo de todo.

—¿Cómo quedó la Rosa y el compadre?

—Muy bien. Muchos saludos le mandaron y unas cositas que vienen en el canasto.

—Vaya. Muchas gracias. ¿Almorzaste?

—Sí mamita. ¿Y el taita?

—Por ahí andará... — un amargor le desplomó la comisura de la boca. Sacudió la cabeza como para espantar las moscas negras de una pena y volvió a sus preguntas rápidas:

—¿Traes bastante permiso?

—Veinte días. Fué imposible conseguir más.

—En fin: paciencia. Pero no nos estemos aquí como palos parados. Vamos para el comedor. ¿Tienes sed? Hay cerveza y bilz, trae tus cosas, Mariquita.

Y la jovencita que estaba detrás de ella arrimada al mostrador, sorbiendo la escena, contestó cantarinamente, agudizando los finales:

—Mande mamita Juliana.

—¡Bah! ¿Estabas ahí? Ven, pues, ven a saludar a Juan Antonio, a mi hijo, a mi hijo querido. ¿Te acordás de ella? Está muy crecida. ¿Qué hubo niña? Saluda. Esta chicuela a veces parece tonta.

—Tú.... usted... bueno: tú te acordabas de mí? Yo te conocí al tiro — dijo Juan Antonio.

—Sí, también lo conocí, pero no tan luego.

Se dieron la mano, cohibidos, sin saber renovar su fraternidad de antes.

—Miren los tontos. Désen un abrazo. ¡Por algo son como hermanos!

—Pero... — y Juan Antonio hizo un movimiento, paralizado por una timidez invencible.

Mariquita lo miraba por entre las pestañas, esperando que hiciera un leve gesto de avance para huir despavorida, que súbitamente pensó que un abrazo de ese desconocido que tan poco tenía del Juan Antonio que ella recordaba, sería algo tan espantoso como un cataclismo.

La madre dijo riendo:

—¡Bueno el par de desabridos! En fin: dejarlos... Mariquita, trae una botella de cerveza. ¿O quieres bilz?

Cuando la posibilidad del abrazo desapareció, Juan Antonio y Mariquita se sintieron livianos y alegres y se miraron, larga y curiosamente...

—¿Qué quieres? — insistió la madre.

—¿No hay harina? Preferiría tomar agua con harina.

—Anda a moler en un volando, y tú, trae para acá tus cosas. Ahí se te quedan tus diarios. Si viene gente, el perro avisa.

—¿Y el Sultán? ¿Todavía vive?

—Se murió. Este de ahora es muy habilidoso. Se llama Leal. Con la Mariquita hace muy buenas migas.

Atravesaron un pasillo al cual abrían varias puertas. Al fondo, todo lo largo de la casa lo ocupaba una galería que servía de comedor y de salita. En un extremo quedaba la mesa y un pequeño aparador, en el otro unos muebles de junco, la máquina de coser y el telar indígena con un choapino empezado. En el fin del zócalo de madera, en la galería propiamente tal, una repisa se adornaba de macetas floridas. Una gran jaula con divisiones albergaba una colonia de pájaros inquietos y trinadores. Había varios cuadros, el retrato iluminado del presidente Alessandri, una con-



sola con figurillas de loza, mesitas, lanas y choapino y flores por todas partes. Un interior modesto, pero extraordinariamente pulcro y agradable.

—Deja ahí tus cosas. Después te arreglaremos tu pieza. Está lo mismo que cuando te fuiste; lo único distinto es que le hice quitar el papel, por la humedad, y se forró con listones, así como éstos, aceitados después. ¡Es terrible la humedad en este pueblo! Yo cada día siento las piernas más reumáticas.

—¡Qué alegre se ve la galería! Parece que antes no era así. ¿Es que hay más luz?

—Está lo mismo. Fuera del hule de la mesa que es nuevo y de los muebles de mimbre que se los compré a los gringos de Quichamay, cuando remataron la casa del fondo, todito lo demás está idéntico.

—Pero antes no había plantas, ni flores, ni pájaros.

—Esas son cosas de la Mariquita. No piensa nada más que en eso. Todos los cajones vacíos los hace almácigos; todos los tiestos los arregla de floreros y cuanto pájaro pilla lo mete en la jaula. Antes vivía como cabra loca corriendo por la montaña: ahora no la dejo. Está siempre a mi lado, sí, siempre... Es muy buena esta chiquilla, tan trabajadora, tan formal, tan cariñosa. ¡Pobrecita! ¡Ay señorcito querío! — y nuevamente la boca de la mujer se desplomó de amargura.

—¡Con qué cara más triste celebra a la Mariquita!

—Pobrecita...

—Pobrecita, ¿por qué?

—Por nada. Ideas.

Hubo un silencio. De afuera del pequeñito edificio aislado que era la cocina, llegaba el girar del molinillo deshaciendo el trigo tostado. En la jaula un chincol dijo una frase de sílabas trinadas, una pregunta que tembló largamente en la quietud.

—¿Y el taita? ¿Dónde anda?

—No sé—confesó rápida la madre, y luego, recelosa, mirándole bien a los ojos. — ¿Por qué lo preguntas?

—Por saber — le dijo sosegadamente, con una especie de indiferencia.

—¡Ah! — y tranquilizada de una inquietud, explicó con amargura:

—Estará en la cocina o donde la Micaela jugando, emborrachándose o remoliendo. No hace otra cosa.

—¿No viene para acá?

—Demasiado, desgraciadamente

A Juan Antonio no le chocó la frase .

Casada por cariño y contra la voluntad de sus padres con el telegrafista recién llegado a la estación, Juliana Silva pudo luego darse cuenta de que todo lo malo que le dijeran de Abdón Vázquez era verdad. A los dos años de casada la ruptura era definitiva. Pero el calvario de esa desilusión sólo ella lo sabía, que reconcentrada en su fortaleza nunca se confió a nadie. El hombre jugaba y se emborrachaba. Esto, fuera de los enredos con mujeres. Era un ser extraño, de egoísmo e hipocresía. Servía bien su puesto. La pequeña estación de ramal tenía sólo movimiento diurno. A las ocho de la mañana, puntualmente, sin otro síntoma de excesos que la nariz enrojecida y los ojos lacrimosos en las cuencas hondas, Abdón Vázquez estaba en la oficina. Volvía para almorzar a la pieza en que vivía pobremente con Juliana y ya había sufrir para la mujer, oyéndolo quejarse:

—Para comer estas porquerías me casé yo. ¡Hasta cuándo irá a vivir tu cochino de padre! ¿No hay vino? ¡Ah!...

Y seguía la cantinela amargadora, porque los padres de Juliana, poseedores de un despacho en el pueblo y de una hijuela cercana, disgustados con la hija por su matrimonio, no la veían siquiera y menos la ayudaban a vivir. Y era claro que Abdón Vázquez apenas tenía con el sueldo para satisfacer sus vicios. Y Juliana, al poco de casarse, tuvo que coser para poder mantenerse, que el hombre no sólo no le da dinero, sino que exigía buen albergue, buena pitanza, buenos pesos, buena vestimenta.

Por más que hizo Abdón Vázquez no consiguió reconciliar a la mujer con sus padres ni menos reconciliarse él. Y cada vez más cínico acabó por perder el buen comportamiento en la oficina y quedar cesante, que lo despidieron y entonces empezó para la mujer la peor de las épocas con el hombre escandalizando el día entero, borracho y lleno de deudas. Hasta que un día desapareció misteriosamente, dejando a Juliana con el niño pequeño, la vergüenza del recuerdo, el peso de las deudas y la amargura de su vida rota.

La recogieron sus padres.

Poco después el viudo de su hermana menor moría y Mariquita llegaba a refugiar su infancia en casa de los abuelos.

Así Juan Antonio y ella crecieron como hermanos.

Y los años al pasar, se llevaron a la abuela y después al abuelo y quedaron solos Juliana y los niños a cargo y propiedad del despacho. La hijuela la heredó la hermana mayor, casada con un empleado en las salitreras norteñas.

Ya muchacho Juan Antonio, el tío y padrino quiso llevárselo, que los sueldos eran tentadores en esa época de auge salitrero. Allá él podía formarle una buena situación. La madre lo dejó irse, ansiando para Juan Antonio mayor horizonte, otro porvenir más holgado. Quisieron que ella se fuera también, pero se negó, apegada al terruño firmemente.

La vida se iba tranquila y gozosa cuando apareció Abdón Vázquez hecho una lacería física y moral. No pedía sino que lo recibieran, que le dieran de comer. Era un perro vagabundo implorando una piltrafa. ¿Qué hacerle? Juliana lo recibió.

Al principio todo marchó bien. Limpio, remozado y humilde, Abdón Vázquez se levantaba temprano — le habían arreglado una pieza al lado de la bodega, en el fondo del sitio — desayunaba en la cocina y se marchaba a la calle para volver a la hora del almuerzo. Se iba nuevamente, apareciendo a la hora de comer, algo alegrillo, pero sin llegar nunca a la franca borrachera. Comía y se acostaba.

Pero empezó a cobrar confianza. Quiso una pieza en la casa. Pidió dinero. Llegaba borracho. Formaba escándalos. Y para Juliana y Mariquita empezó una vida de sobresaltos, de vergüenza y de sufrimientos.

Entonces Juliana le escribió al hijo que viniera.

Por eso a Juan Antonio no le chocó la frase. ¡Pobre mamita! Cuando ella tan reconcentrada dió el grito de auxilio que era su última carta, tenía que ser porque la situación se hacía intolerable. Y queriendo ver a Abdón Vázquez e imponérsele, temía ese momento Juan Antonio que al fin dentro de él, contra la realidad y contra su voluntad, existía una idea de padre a quien querer y respetar, una sombra que le era grata y que pronto debía morir a manos del propio padre.

Llegaba Mariquita trayendo en una bandeja el tarro con la harina y una botella con agua, esa agua de vertiente montañesca, tan helada que empaña el cristal.

Allegó una mesita a Juan Antonio, puso la bandeja encima, fué al aparador con una cuchara un vaso y el azucarero y al fin dijo:

—Sírvase.

—Muchas gracias.

El recuerdo molesto del padre se había retirado de Juan Antonio. Miraba a Mariquita pensando en que sería buena recordarle la infancia al corretear juntos por las montañas, las travesuras que disimulara el niño para cargar él solo con el castigo, las idas a la escuela con más deseos de holganza que de llegar a tiempo a clase, las tareas hechas en compañía, que si ella tenía facilidad para aprender la historia, la geografía y el castellano, nunca atinaba con los problemas de aritmética y había él de ayudarla de lo que sufrían al saber que iban a separarse, de la tristeza en un hogar extraño, en la desolación del paisaje pampino, de la alegría que eran sus cartas de cariñosa confianza, de su ansia por volver a verla. ¿Por qué no decirle todo eso?

La observaba a hurtadillas. Estaba de pie junto a la mesa, con los ojos entornados, muy negros entre las pestañas extraordinariamente tupidas y largas y crespas. Sobre el labio, un poco hacia la mejilla, un lunar era una pinta tentadora. Llamaba un beso. Juan Antonio no recordaba habérselo visto.

—¡Qué callados estamos! — — dijo Juliana. Cuenta algo de mi hermana, ¿cómo está?

—Muy bien, da gusto verla con tanto hijo grande y ella tan joven que parece la mayor de ellos Hace poco le pasó...

Y siguió contando, sin dejar de darle sus miradas al lunar de Mariquita, subiendo a veces la mirada del lunar a las pupilas obscuras, atraído y rechazado por esa juventud tan distinta y tan igual a la niñez que él dejara.

II

Acababan de comer, cuando apareció Abdón Vázquez por la puerta de la galería. Venía de mal talante y a media borrachera.

Juliana echó una mirada de angustia al hijo. Parecía pedirle perdón. Juan Antonio lo observaba atónito; por mucha ruina que esperar no alcanzó a figurarse aquélla.

El hombre venía en camisa, rotosa y manchada de vino, con el pantalón caído por las caderas, abolsado en el trasero y en las rodillas, a medio atar la faja, calzando un zapato y una ojota. La cara se perdía entre las barbas y los pelos revueltos. Asomaba la nariz granujienta y rojiza, y los ojos de alegría borracha, de estupidez o de cinismo. Hedía. Andaba de medio lado, tambaleándose, manoteando como si apartara algo frente a los ojos, hablando consigo mismo, con los presentes, con los otros seres imaginarios.

—Coman no más. Claro, ¿no te decía yo? A tí no te toman en cuenta, ¿para qué? Come la señora, come la señorita, come el mozo, come el quiltro. Pero el caballero de la casa no come. ¿Ah? Mir señor, le ruego que no me moleste... ya hace ratito que se lo estoy diciendo... no friegue más... ¿Ah? Buenas noches, Mariquita... buenas noches mijita linda... bue... No moleste le vuelvo a decir... ¿Ah?

Habría descubierto a Juan Antonio y lo miraba de hito en hito. Juana dijo como si las palabras le escaldaran los labios:

—Mire, Abdón, este es Juan Antonio.

El hombre no entendió. Apartando la vista de Juan Antonio volvió a hablar sin hilación:

—¿Ah? ¿Qué dice?... Yo llego a la hora que quiero. Por algo soy el caballero de la casa... Sí, de la casa... ¿Ah?... Mire, no vuelva a molestar... Oiga, Juliana, dígale que no me moleste... yo llego a la hora que quiero... Miren al mozo de porquería. ¡Intruso!... ¿Ah?

De cuatro o cinco pasos seguidos llegó hasta la mesa, yéndose de bruces sobre ella.

Juan Antonio se había puesto en pie para saludarlo. Una repulsión que casi era asco lo inmovilizaba.

—Mire, oiga — Juliana le hablaba a gritos — llegó Juan Antonio, aquí está.

—¿Ah? ¿Juan Antonio? ¿Quién es Juan Antonio?

—Mi hijo.

—¿Ah? El hijo de nosotros... Vaya... Vaya... — había logrado posar los ojos y la atención en el joven y de pronto, enternecido, con esas súbitas transiciones de los borrachos, se abalanzó a abrazarlo. — Mi hijito... mi hijito lindo... ¿Ah?.. Tanto que te echaba de menos...

Juan Antonio se dejaba abrazar, dominando el asco que lo impulsaba a deshacerse del hombre.

—Mi hijo... Claro, pues, es mi hijo... ¿Ah? Mi hijito... Dile a tu mamita que me respete... que me dé platita... me tiene peor que pobre limosnero... ¿Ah? Y a la gata alzada de la Mariquita dile que sea cariñosita... ¿Ah? ¡Mi hijito!

Juan Antonio lo separó, obligándolo a sentarse. Pero no quiso. Se alzó a abrazarlo nuevamente para seguir con sus majaderías, sus babas y su hediondez. El joven tuvo una convulsión física de asco y de un brusco movimiento se separó de él. Abdón Vázquez vaciló y hubo de apoyarse en la mesa para no caer Dijo una palabrota.

—Váyase para su pieza — ordenó Juliana.

Le contestó con un insulto. Entonces Juan Antonio, exasperado lo cogió por un brazo y quiso empujarlo hasta la puerta. Pero el hombre se sujetó a la mesa y aumentó las injurias. Juan Antonio lo desprendió de un sacudón y en vilo lo llevó hasta el patio. Y volvió a entrar cerrando la puerta con llave.

—¡Qué vida! — dijo la madre.

Juan Antonio la miraba con las cejas unidas en una horizontal de preocupación.

—Hay que irse. Hay que realizar todo esto e irnos los tres al norte. Es la única manera de que tengamos paz de aquí en adelante...

—¿Y él?

—Que se quede aquí. Se le pagará pensión en alguna parte, se le dará una mesada y asunto concluído.

—Es lo mejor. Ya lo había pensado yo antes: pero quería que fueras tú quien decidiera esta partida.

—¿Qué te parece a tí, Mariquita?— preguntó Juan Antonio y se quedó espantado de verla tan desencajada, con tal temblor en la boca y tan hondo terror en los ojos. Dijo avanzando hasta ella:— ¿Qué tienes, qué tienes, niñita?

—Yo... — y se echó a llorar, tapándose la cara con el delantal.

La miraba sorprendido. ¿Por qué lloraba? ¿Pena de irse? ¿Por qué? Faltaba que la chiquilla tuviera algún pololo... ¿Un pololo? Le fué insoportable la idea de que pensara, de que sonriera, de que hablara de amor con algún muchacho.

—¿Por qué lloras? — preguntó violentamente, separándole el delantal de los ojos.

Apareció la cara llena de lágrimas y contestó con los ojos de verdad en los ojos de ansia:

—Es de gusto porque nos vamos... Le tengo tanto miedo... — y con el gesto señaló la puerta por donde saliera el borracho

—¡Ah! — se le aflojaron los músculos de violencia y sonriendo con la mano de ella, entre las suyas, dijo alegremente: — Allá no tendrás miedo a nadie. Todos te queremos tanto. Y vas a ver que lindo es el viaje. vamos a andar en tren, en vapor; conocerás el mar, tu gran amor. Porque tú siempre en tus cartas me decías que tu ansia era conocerlo. Y andaremos en tren de cremallera. ¿Tú sabes lo qué es eso?

—Sí. Tú me mandaste unas tarjetas con vistas de la línea y el tren subiendo. ¿No te acuerdas? Las tengo guardadas en la cajita japonesa que traía chocolates, la que me llegó para Pascua. ¡Oh, qué bueno que nos vayamos!... Que descanso para todos, para la mamita Juliana y para mí... para mí... ¿No es cierto, mamita? Oye, Juan Antonio, ¿Llevaremos al Leal?

Hablaban encantados, Juan Antonio tuvo la sensación de que sólo entonces encontraba a la Mariquita que fuera compañera de su infancia. Y la muchacha, de pronto notó que su mano estaba en la de Juan Antonio y nada hizo por retirarla, que de pequeños siempre estaban así; confiada y fraternalmente.

La madre, suspirando, se dejó caer en un sillón, como quien luego de una ruda jornada logra la quietud dichosa.

III

Emprendieron la excursión a media tarde, cuando un airecillo empezaba a refrescar el pueblo del bochorno de la siesta.

Atravesaron la calle principal de la aldea, una de esas aldeas sureñas, con las casitas de maderá como juguetes y las gentes sencillas en apariencia, pero con una fuerza de pasiones salvajes adentro, que cualquier choque hace estallar en una tragedia.

A esa hora apenas si encontraron uno que otro viandante. Saludaron a una mujer que iba con otra más joven.

—Es Juan Antonio — explicó la mujer a la otra, que era forastera, — el hijo de la Juliana, la dueña del despacho de La Estrella. Trabaja en el norte y dicen que está muy bien puesto. Ahora vino a buscarse a la madre y a la prima hermana, esa chicuela que va con él, y que se ha criado con ellos, porque no tiene más familia. Para mí que se van huyendo de la bestia negra del padre, un perdido que no hay por donde agarrarlo.

—Buen mozo el muchacho — comentó la otra.

Gustaba a las mujeres Juan Antonio. Alto y vigoroso, muy moreno, con los ojos chicos que al reír se perdían en arrugas finísimas, algo respingona la nariz y la boca grande, tenía la misma simpatía de la madre, una cosa buena y fuerte. Llevaba pantalones de montar, polainas y un jersey de lana blanca.

Mariquita iba con un traje de velo a pintas, muy coquetamente atada bajo la barbilla la chupalla, de anchas alas que la protegía del sol.

Salieron de la aldea y tomaron rectamente hacia la montaña.

Adelante iba el perro, corriendo detrás de las mariposas, sin lograr nunca alcanzarlas; lo que atrapaba era vilanos que traía a Mariquita, triunfalmente, con el rabo loco de alegría y los ojos humanos de expresión .

La vanguardia del bosque apareció en los renovales, luego vinieron las quilas y después la masa enorme de árboles los amenazó desde lo alto de la montaña empinada. Entre los robles, los pellines, los palo-santo, los raulíes y lingues alzaban las quilas sus largos brazos temblorosos, los maquis se veían negros de frutos maduros, los helechos se abrían en apretados mazos y las copihueras subían por los troncos en un vértigo de altura. Cantaban los pájaros su gozo del atardecer y el agua de las vertientes decía el contento de libertarse a la entraña negra de la tierra.

Era una exuberancia de vida que aturdía, que embriagaba... Daban deseos de piruetear, de gritar. Mariquita dijo a Juan Antonio:

—Qué ganas de ser una abeja para volar alto o un pájaro que cantara mucho o un animalito para revolcarme en el pasto. No te rías.

Si no me río, es que yo estaba pensando lo mismo. ¿Te gusta mucho la montaña?

—La adoro — y abrió los brazos como para apoderarse del paisaje.

—La echarás de menos en el norte. A mí me costó acostumbrarme. Vieras que es triste allá.

—Estando con la mamita y contigo yo me hallo en todas partes.

La miró, feliz con la afirmación rotunda.

Avanzaban cada vez más trabajosamente, que ya no había sendero y los palos secos y las enredaderas dificultaban la marcha. Iban hacia una hondanada que fuera testigo de sus juegos infantiles. Juan Antonio no recordaba el camino y Mariquita tenía que hacer lujo de explicaciones para hacérselo recordar.

—De este árbol nos robamos una vez un nido de diucas y después. cuando sentimos a los pájaros, a la mamá diuca y al papá diuco, piar arriba con tanta pena, tuvimos lástima y tú volviste a poner el nido en su rama. ¿Te acuerdas?

—No, verdaderamente.

—Y te rompiste el pantalón y yo me puse a llorar pensando en el regaño de la mamita Juliana y tú me consolabas y me abrazaste y me besaste.

—Te abracé y te besé.

Se dieron una rápida mirada, separaron los ojos y volvieron a unirlos. Juan Antonio, sonriendo



maliciosamente, Mariquita muy serena. Y callaron.

Empezaban a bajar el flanco de la hondonada, resbalando un poco, rodando otro tanto, para llegar al agua que centelleaba en el fondo lleno de hierbas y briznas, oliendo a tierra bravía, acalorados, jadeantes y sedientos. Leal los esperaba con un palito en el hocico que vino a traer a Mariquita.

Se sentaron a descansar en un árbol derribado.

—Tengo hambre — dijo Juan Antonio.

—Yo tengo sed — contestó ella.

Juliana les había preparado un paquete con vituallas. Lo abrieron golosamente y Leal — avisado por su olfato — vino a sentarse cerca de ellos, atento a los movimientos, con un aire discreto de niño bueno que aguarda su turno pacientemente.

Apareció un pollo asado, huevos duros, manzanas, pan de dulce, tortillas de rescoldo, queso y dos botellas de cerveza.

—Yo tengo sed de agua — dijo Mariquita.

Fué hasta el riachuelo y sumió la mano hecha un cuenco. Pero el agua escurría entre los dedos y apenas si alcanzaba a beber unas gotas cada vez.

—Yo también quiero, — dijo Juan Antonio acercándose.

—Toma, pues. Harta hay.

—Es que yo quiero en ese vaso.

—¡Ah! — y se quedó mirándolo perpleja hasta que al fin, riendo, sumió nuevamente la mano en el agua y la alargó rápida hasta la boca del joven. —Ya, ya, que se está saliendo toda.

¿Bebía el agua? ¿Besaba la mano? No lo sabía, que era una turbación de embriaguez sentir la piel dorada, suave y fresca bajo sus labios. La muchacha parecía atenta sólo a que el agua no se escurriera, apretando los dedos con mayor tino. Era extraña y desconcertante en su simplicidad.

Otra mujer haciendo eso hubiera sido una coqueta refinada. Otra mujer... Juan Antonio había conocido tantas! Y le fué infinitamente querida por poder colocarla aparte, en sitio único, que sólo ella podía hacer lo que estaba haciendo y ser sin malicia y dejarlo sin pensamiento turbio, pero temblando con la emoción de no sabía qué sentimiento.

Cierto que ninguna mujer era su hermana. ¿Su hermana? Mariquita no lo era. ¿Hermanos? Le fué insoportable esa idea hasta entonces familiar.

Volvieron en busca de las vituallas, vigiladas siempre por el perro, inquieto, bostezante, relamiéndose, que debía haber sido un suplicio tener todo aquello a su merced y no tocarlo.

Mariquita despresó el pollo y alargó el cogote del ave a Leal. El perro lo tomó delicadamente entre los dientes, dió una mirada a la muchacha y otra al resto de la pitanza, y paso a paso, se fué hasta un árbol donde se tendió a comer.

—¿Qué quieres tú?

—Pollo.

—Sírvete, entonces.

Le dió fastidio verla tan tranquila. Le hubiera gustado que huyera los ojos a su mirada, que balbuciera alguna respuesta, que se pusiera colorada. Pero en los ocho días que llevaba allí siempre la encontró idénticamente serena. Le daban ganas de decirle un disparate para sacarla de su ritmo. Pero no podía. Cuanta cosa iba a decirle se le volvía suavidad de terneza. Lo que faltaba era que estuviera enamorado de la chiquilla! Y que ésta no lo quisiera o que lo quisiera sólo como a un hermano y tuviera por ella el penar de siempre.

— Por qué estás tan callado?

—Pensaba...

—¿En qué?

—En que llegaremos al norte y tú te casarás.

—Las cosas tuyas...

—¿No te gusta esa perspectiva?

—No.

—¿Nunca has querido a nadie, Mariquita, querer de amor?

—No. Nunca he querido a otras personas que a la mamita y a tí.

—¿A mí? ¿Me querrás, me querrás de verdad?

—Pero claro, pues.

No era la primera vez que le daba esas respuesta. Ya en otras ocasiones contestaría en igual forma a sus preguntas.

—¿Se te pasó el hambre? No has probado nada. Y si te descuidas, entre Leal y yo nos lo comemos todo.

El perro había vuelto a ocupar su sitio, digno y atento. Ma-

(Continúa en la pág. 15)

DALILA FUE UNA PRECURSORA DEL MAGO DE LAS TIJERAS

Eva no inventó la melenita—



EVA primitiva debe haber presentido las conveniencias de la melenita. Su cabellera exuberante y áspera, verdadero ensayo de selva prehistórica, lo había proporcionado muchos ratos amargos. Y esto no lo dice el Génesis, porque el Génesis no tuvo para con Eva las consideraciones que en su calidad de "prima donna" merecía.

Contado lo de la manzana y lo de lo de la costilla se llamó a silencio respecto a ella, pero nosotros, indiscretos y chismosos





como buenos periodistas, vamos a remontarnos unos años atrás, una bicoca de años, y daremos datos concisos y preciosos respecto al uso y desuso de los cabellos desde los tiempos de Eva hasta los de Margot, esta Margot que "ya no es ni Margarita"...

Eva, la curiosa, la incomparable Eva descubridora de la manzana y de muchas otras cosas "indetallables por su extensión", no usaba cosmético; no usaba tampoco patchuli; ni bálsamo de la Meca; ni esencia de espliego de Nitcham; ni sándalo de la China; pero tampoco su impenetrable cabellera olía a musgo ni a sal marina, y esto puede atestiguarse por cuanto no ha existido poeta alguno que cantara al "perfume misterioso y salvaje" de su cabello, y eso que los poetas han tenido siempre esa debilidad, agravada todavía por una imaginación tropicalmente selvática.

Otra cosa, tampoco Eva usaba jabón, y si alguna vez hizo uso del agua, podemos afirmar que fué porque en los felices tiempos de nuestro abuelo. Adán todo era un echarse a "la gandola" y dejar hacer. Usted lector no tenía más que estirar una manito y allí estaba el maná, uno de agua y otro de pan. A veces, Adán, cabrero, sacudía el arbolito del agua y ¡zás! ya estaba la ducha. ¡Tiempos aquellos! no existía la calle Suipacha y no corría Vd. el riesgo de que le cobraran a razón de un pesito la ducha. ¡Un



pesito la ducha! Tiempos aquellos! ahora ni ser limpio se puede, caray.

Dijimos al principio de esta crónica que Eva presentía la melenita; sostenemos que sí; lo que no presintió fueron las tijeras, que de ser así, jamás hubiera elogiado Shakespeare las trenzas interminables de Julieta, ni Fausto se hubiese relamido por las ídem de trigo de Margarita.

¡Ah! si Eva hubiese presentido las tijeras de cuánta "Oda a tus cabellos" nos hubiera librado. Pero Dios no lo quiso, Dios sólo permitió que Eva descubriera la manzana, y Eva descubrió la manzana, no le cupo la gloria de inventar la melenita.

Dalila, una precursora del mago de las tijeras—

Dice la Historia Sagrada que Dalila fué una mujer filistea amada de Sansón (Sansón no era nada, un pichoncito que se la hubiera dado a Firpo en el 0 round)

Dice también que la tal Dalila, cediendo a las instigaciones de sus compatriotas, recortó durante la noche los cabellos de su amante, perdiendo éste su extraordinaria fuerza. Dalila le entregó en seguida atado de pies y manos a sus etc., etc....

Bien, esta es una demostración evidente del progreso de los pueblos; ya advertirá Vd. lector que el invento de las tijeras no era una cosa absurda, ni tampoco baladí, fué un prodigioso invento como luego lo fué el del sifón y el de los broches automáticos.

Luego advertirá también que Dalila era una mujer evolucionada. Tenía el verdadero sentido de la estética. Grupos que lo esquiló a Sansón para entregarlo; lo hizo a manera de ensayo, —si le queda bien me la corto— se dijo, después, lo que le quedaron bien fueron los bolsillos. Era una precursora de Cucucurullo, el mago de las tijeras recientemente premiado en el concurso del Centro de Peluqueros con medalla de oro; de Cucurullo, que hoy, en estos modernos tiempos de Margot, corta bien y hace su Agosto, que digo, hace todos los meses del año...

Margot no quiere ser un espectáculo circense—

Hace diez, cincuenta, cien años nuestras hermanitas, nuestras mamás nuestras abuelitas ignoraban lo que era simplificación, lo que era comodidad, lo que era... y no decimos buen gusto porque la familia se resiente.



Hoy Margot, la chica de 1927, sabe lo que es la vida y lo que significa disfrutarla; perder dos, tres, cuatro horas haciendo un bandó, un bucle sobre la oreja izquierda, metiendo una docena de horquillas por aquí tres peinetas por allá ¡uffa! nunca. ¿Y la sección de cine a las 6, y el copetín de las 7 y el tango de las 12? No embrome con las chicas de antes, para ir a la Opera el 13 se preparaban desde el 10.

Hoy no, un toquecito de rougé, un poquito de rimmel; la combinación de crepé; el trajecito sin broches y una pasadita al cabello, total diez minutos. Este es el siglo de la velocidad, "voila tout"!

Si Margot no usara melena—

Si Margot no usara melenita garçon, cada día más garçon, correría el riego, como las cuatro chicas del grabado, de que la contrataran como caso curioso, para la exhibición; que eso ocurre con las cuatro Tayra, hermanas londinenses que están haciendo desfilar ante ellas a todo el público de Londres, estupefacto ante el originalísimo tocado.

Pero Margot no pretende ser un espectáculo circense, Margot quiere ser un espectáculo de chic, de gracia y de belleza para todo aquel que consienta en gastar las monedas relumbrantes de su admiración.



El mago de las tijeras—

Un reciente concurso de corte y ondulación organizado por el Centro de Peluqueros, consagró con un primer premio, medalla de oro, a Juan Cucurullo, artista del peinado femenino y una de las figuras más características de la famosa calle San Juan.

En su oportunidad CRITICA informó a sus lectores del resultado de ese concurso.

Hace unos días y con motivo de la entrega del premio se realizó una fiesta de camaradería en el local del centro Victoria 1063.

Asistieron el Presidente de esa institución señor Juan E. Alsina, profesores, alumnos y numeroso público.

Cucurullo, con emocionadas palabras, agradeció el homenaje augurando una provechosa labor al Centro de Peluqueros.

CORRESPONDENCIA DE PARIS

LOS DOMINGOS DEL RITZ

por Montecristo



EL que quiera conocer la alta sociedad cosmopolita que se encuentra en París, no tiene más que solicitar del complaciente Olivier — el Azcoaga parisino — que le guarde una mesa para las comidas de moda. Si la mesa está lo que se dice "bien placé", es seguro que en torno suyo hallará reunidas a todas esas personalidades europeas y americanas que constituyen un mundo aparte, ese mundo que apenas a cambiado desde que Paúl Bourget lo describió con su atildada pluma en las páginas de "Cosmópolis".

El cronista, frecuentemente invitado a esas comidas, ha tenido ocasión de observar en una muy reciente esa interesante diversidad de tipos reunidos en el fastuoso local del hotel de la plaza Vendome, con el único objeto de divertirse.

Ha podido ver en una de las mesas, luciendo un fabuloso collar de esmeraldas y brillantes, a la princesa d'Aremberg, y, no lejos, a esa otra encantadora princesa de la Tour d'Auvergne, nacida Wagran, que fué veinticuatro horas huésped del embajador de Francia en Madrid, M. Geofray, tan sólo para bailar un cotillón con S. M. el Rey de España; aquel rápido paso de la gentilísima dama por nuestra corte dejó allí un recuerdo imborrable.

El fastuoso príncipe Aga-Kan presidía otra mesa, en la que abundaban bellas damas, y nuestro amigo el príncipe Lotfallah, con sus hermanas, daba otra comida, en que los invitados eran personas de la más alta aristocracia. No lejos del cronista y rodeado de conocidas personalidades, entre las que figuraba la bella viuda del célebre industrial Menier, estaba el ilustre autor dramático Alfred Savoir, que ha producido obras como **Le dompteur**, muy celebradas por el público y la crítica.

La marquesa de la Chapelle-Crosville, deslumbrante de belleza y elegancia, hallábase rodeada de un grupo de admiradores, rendidos ante su ingenio tanto como ante su hermosura; el opulento barón Maurice de Rotschild se dedicaba con preferencia al baile, como las de nuestrosDemfwypyp comidas americanas, como las de nuestro Select Club, que tanto éxito tuvieron en la pasada primavera.

No podían faltar en este abigarrado concurso el gran duque Boris y su gentil señora, la encantadora princesa Galitzine; madama Ivanenko y otras damas de la colonia rusa, mientras la argentina estaba dignamente representada en la señora viuda de Santamarina, nacida Quintana Unzué, hija del que fué presidente de aquella gran República.

A través de sus grandes gafas, el célebre caricaturista Sern observa atentamente tipos y trajes, para regalarnos luego con uno de esos álbumes, que a veces levantan tempestades de protestas, pero en los que siempre se ponen de relieve el arte y la vis cómica del famoso dibujante. El Petronio parisiense André de Fouquiéres no falta tampoco en estas comidas, y el marqués de Castellane—Boni de Castellane, como todos le llaman—pone la nota de su personal elegancia, que recuerda la de nuestro duque de Tamames.

Los norteamericanos ricos, cuyas señoras deslumbran con la magnificencia de sus joyas, no faltan jamás a estas comidas, y entre las bellezas de todas las nacionalidades que en ellas se reunen recordamos a las italianas princesa Gaetani y baronesa Machiori, a la americana Mrs. Freeman, a la baronesa Fouquier, a Mrs. Napoleón Magne y a la distinguida redactora de "Le Figaro" Matilde See, que es de nacimiento italiana.

Todas las mesas aparecen adornadas de flores; dos orquestas alternan, para que la animación no decaiga un momento, y el **charleston**, todavía en auge, no obstante lo mucho que se le ha combatido, alterna con el tango argentino y con el recién nacido baile americano, que acaso llegue a destronarle.

Observarán los lectores la ausencia de nombres españoles; en efecto, hallándose en esta época del año reunidos en París los más prestigiosos de la nobleza española, es raro encontrarlos en estas fiestas; más bien acuden a los almuerzos y a los tés; casi nunca a los bailes, y cuenta que en los momentos en que escribimos estas líneas se hallan en París: los duques de Fernán-Núñez, con sus hijos el duque del Arco, el conde de Elda y las señoritas de Falcó y Alvarez de Toledo; los duques de Montellano con la condesita de Villanueva y el marqués de Pons; los marqueses de la Romana y su madre, la princesa Po, y el príncipe; los marqueses de la Gándara, los condes de Castilleja de Guzmán, la condesa viuda y su hija Blanca; la condesa de Vistaflorida, que pasa una temporada con sus hijos, los señores de Santos Suárez; la marquesa de Viana, la duquesa de Aliaga, la señorita de Castellanos, los marqueses de Riscal y de la Laguna, los marqueses de Montesión, la marquesa de Yanduri, la señorita de Heredia, dama particular de S. M. la Reina; el marqués de Casa-Calderón y su hermana, el marqués de Narros el embajador y la señora de Pérez Caballero, que han venido para asistir a la boda de su hijo con la sobrina del antiguo presidente de Méjico Sr. De la Barra; los marqueses de Salamanca y otros que aún prolongan su estancia en esta capital.

CHARLAS A LA HORA DEL TE

LA CAJA DE "FARDS"

Por MATILDE MUÑOZ

NO podías esperar un poco para maquillarte, o meterte en el tocador? De todas las costumbres — las malas costumbres — modernas, a la que nunca puedo acostumbrarme es a esta de que te pintes delante de todo el mundo...

—Ya te he dicho muchas veces que, a pesar de tu aire mundano, eres del tiempo de Mari-Castaña.

—Lo que tú quieras.

—Di que te molesta que me pinte y que quieres disimularlo con esas consideraciones del año de la Nanita.

—Desde luego; me molesta que te pintes, pero no por lo que crees. Me molesta porque no creo que a nadie le resulte agradable que el color de su mujer varíe todos los días, según la hora, el traje o la temperatura.. Ya te he conocido morena, rubia y castaña, con la piel blanca, rosa y color de ocre, unas veces mate y otras brillante, y, en cuanto a los labios..., ¡los labios! han pasado por todos los matices del iris, desde el moreno fuerte hasta el naranja pálido...

—¿No te queda nada más qué decir?

—Sí. Me queda el capítulo de los párpados... Te los has pintado de negro, de azul, de verde y hasta de rojo, según los casos. A mí había veces que me daba miedo volver a casa, pensando: "¡Dios mío!, ¿qué me encontraré?"

—A ti te ha sentado mal el te esta tarde.

—No te diré que no, pero, en fin, esto de no saber a qué atenerse sobre el tipo y el color de nuestra propia mujer no me digas que no tiene gracia.

—¿Gracia? A mi lo que me pareces es un hombre, un pobrecillo hombre anticuado y primitivo que desconoce sus intereses...: te proporciono el placer de tener una mujer que, siendo la misma, es siempre otra, cada día otra, y eso te enfada...

—Indudablemente, me faltan muchos detalles para ser un exquisito, y además, querida mía, en eso de la mujer "transformable", como ciertos trajes que lleváis ahora, te equivocas también de medio a medio. A mí no me pareces otra, ni falta que me hace. Me pareces la misma, mirada a través de diferentes vidrios de color; tras de esas capas de pintura amarilla, azul, verde y roja con que te desfiguras, yo busco melancólicamente, como entre los tonos de un paisaje desconocido, a la mujercita con quien me casé hace tres años sin sospechar...

—¿Sin sospechar el qué?

—Nada. No quiero que te enfades...

—Lo que no me explico es lo que tiene que ver todo eso con que yo me pinte o no me pinte en público.

—Pues, sencillamente, que me parece una paradoja inexplicable. ¿No os pintáis para engañarnos? Pues entonces, ¿a qué lo hacéis delante de nosotros?

—Mira, querido, en psicología femenina estás en las primeras letras.

—Muy amable, pero, además..., ¿qué efecto haría aquí, en el salón de te, que yo sacase de un bolsillo el jabón y la brocha y me pusiera a afeitarme?

—No es lo mismo.

—No es lo mismo, pero es el equivalente, y te aseguro, hija mía, que, de seguir así las cosas, los hombres tendremos que llegar también a ese extremo.

Por mi parte no hay inconveniente; todo sería no ir más que a los salones en que sólo admitan señoras.

—¡Ese es!

—Pues, eso es. ¡Oh, Dios mío, hasta que lo hombres lleguéis a alcanzar el matiz justo, la razón delicada de ciertas cosas que os parecen ridículas e inexplicables...! Esa sí que sería una excelente obra civilizadora. Porque vosotros, la mayoría de vosotros aceptáis nuestras cosas, las que llamáis "nuestras cosas" con cierta desdeñosa indulgencia, pero las aceptáis sin comprenderlas, mejor dicho, sin intentar siquiera comprenderlas, como si fueran cosas sin explicación posible. Sonreís, concedéis y dejáis hacer, demasiado encariñados con la idea de que las mujeres tenemos la cabeza vacía y de que no hay que buscar el origen de las cosas que no lo tienen... ¡He aquí la gran injusticia que no sabremos perdonaros jamás!



—¡Bueno, bueno! ¡Menudo sermón!

—No hay sermón que valga... Para vosotros el don inapreciable, la cualidad divina que os hace superiores ¿ no es eso? Es la inteligencia. Y vosotros, para sostener la apariencia de esa cualidad cuando os falta o flaquea, usáis de afeites disimulados, de artificios que a nosotras, ¡pobre mujeres!, no nos es dado descubrir... Pues bien, la belleza es la inteligencia visible de la mujer... Y vosotros que queréis siempre desconoceros, pero que nos buscáis a causa de ella, aunque lo disimuléis hipócritamente, os extrañáis luego mucho de que unas veces acertando otras equivocadas, intentemos restaurar cualquier desperfecto que tienda a demoler ese pedestal donde voluntariamente nos colocamos para que vosotros podáis elegirnos mejor... Así a ti te parece inexplicable que nos pintemos en el salón de te, en el teatro, en cualquier sitio público, y no comprendes la profunda adulación que esto encierra para vosotros... No comprendes que esto es como decir: "¿Ves que el calor, la atmósfera viciada, la fatiga de la fiesta, han marchitado la belleza que tú admiras? Pues mira con qué arte sé remozarla ante tus propios ojos, como un encantamiento; mira cómo sé renacer a tu admiración con galas nuevas, gracias a mi habilidad, gracias al arte que he puesto en servirte, y realizo para ti el milagro de una juventud y una belleza que no se agostan..."

—¿Todo eso?

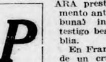
—Y algo más... Escucha una cosa triste. Este verano hablaba yo un día en la montaña con una muchacha..., una pobre muchacha condenada a muerte, que no podía moverse de una butaca... "Se queja usted sin motivo — le dije —, tiene usted un rostro que respira salud." Entoces ella sonrió melancólicamente y señaló la caja de "fards" que llevaba siempre en el bolsillo. "Esta es mi salud—me dijo; el día que viene mi novio me paso dos horas delante del espejo aquillándome... De ese modo él se va contento y me cree mejorada..." ¿No es verdad que después de esto el pintarse no te parece una cosa tan frívola...? Pues de hoy en adelante haz el favor de mirar con más respeto mi caja de color, ¡tú qué sabes qué tragedias pueden esconderse en una borla, en un lápiz negro y en un botecito de pomada roja? No me mires con tanto asombro y sírveme otra taza de te...

SILUETAS CINEMATOGRAFICAS

CAROL DEMPSTER

CAROL Dempster, la heroína de las producciones de D. W. Griffith, ocupa un lugar único y excepcional en las filas de los más grandes artistas de la pantalla. Desde los comienzos de su carrera artística, cuando muy niña todavía se le confió la interpretación de un importante papel en la película titulada "La muchacha que se quedó en casa", hasta la actualidad, en que goza de una envidiable popularidad de una envidiable popularidad como intérprete de los grandes dramas cinematográficos del eminente "metteur" D. W. Griffith, esta distinguida actriz ha trabajado exclusivamente bajo la dirección de este insigne cinematografista americano. El ingreso de miss Dempster en el estudio cinematográfico no lo fué de rigor entre la mayoría de los artistas del llamado "teatro mudo", sino que vino de una manera indirecta durante la exhibición de una película del director Griffith en uno de los principales teatros de la angélica ciudad californiana miss Dempster pertenecía a un grupo de bailarinas, alumnas todas ellas de la escuela de baile que dirigía Ruth St. Denis, de Los Angeles, contratada para representar una especie de prólogo coreográfico que precedía a la exhibición de la película. Tanto llamó la atención el arte y la gracia de la gentil bailarina al director Griffith, que inmediatamente se olvidó de su propio estreno. Terminada la exhibición de la película, resultó un gran éxito, como todas las de Griffith, éste pidió ser presentado a la jovencita de rostro infantil que tanto le había entusiasmado. Nacida y educada en Los Angeles, Carol Dempster demostró desde muy niña gran vocación para el arte teatral. La oportunidad que desde que tuvo uso de razón había deseado, se le presentó a miss Dempster aquella noche, al ofrecerle Mr. Griffith un puesto en el reparto de la película "La muchacha que se quedó en casa" Mr. Griffith demostró una vez más gran acierto en la elección de la joven bailarina para el papel que le confió en aquella película, pues fué recibida con grandes muestras de aprobación por el público, el cual más tarde la ha aplaudido en "La calle del ensueño". "Una noche de excitación", "La rosa blanca", "América", "Qué bella es la vida", "Sally, la hija del circo", y "La niña Royle". Carol Dempster posee una gracia natural que cautiva al público en cuanto aparece en la pantalla. Baila con gran arte y es muy aficionada a la música. Miss Dempster mide cinco pies y cuatro pulgadas de estatura y pesa 115 libras. Es muy aficionada a toda clase de deportes al aire libre, particularmente la natación, la equitación y el turismo.

Miscelánea



ARA prestar juramento ante un tribunal inglés, el testigo besa la Biblia.

En Francia pende de un crucifijo a espaldas del juez y se jura dirigiendo la mano derecha hacia la cruz.

* *
*

Para las viudas que deseen contraer segundas nupcias hay entre los hotentotes obligaciones que más bien pueden considerarse severos castigos. Toda mujer que se casa por segunda vez tiene que cortarse una falangeta de un dedo y ofrecérsela a su nuevo esposo.

*
* *

Con algunas composiciones de su libro anterior "El árbol, el pájaro y la fuente" y otras nuevas aparecidas oportunamente en "La Nación", Córdoba Iturburu ha organizado un volumen de versos, "La danza de la luna".

El volumen aparece hermosamente editado por la sociedad de publicaciones "El Inca", que el año que acaba de terminar destacóse por la calidad de los libros que difundió.

Transcribimos a continuación uno de los poemas que integran "La danza de la luna" que pone de relieve, una vez más, las cualidades líricas del autor:

EL TESORO

Bienvenido este amor
esta angustia constante de querer,
este hallar de la vida lo mejor
en unos ojos claros de mujer.

Bienvenido este amor que transfigura
mi barro en nota de emoción constante
y me empaña los ojos de ternura
y me serena el alma vacilante.
Senda de perfección que voy siguiendo,
enriquéceme el íntimo tesoro
como si fuera andando y recogiendo
por un camino hecho de polvo de oro.

*
* *

El dibujante Palomar, instalado cómodamente en Río de Janeiro, prepara una exposición de caricaturas de hombres de letras de la capital carioca.

Nos ha mandado un apunte de Graca Aranha y de Coelho Netto, "muito engraçadas" como dicen por allá.

Deseamos el mayor éxito al recordado compatriota.

Características del Basket-ball en Sud América

SIN llegar a apasionar tanto como el football o como el box, el basketball es uno de los juegos más bonitos y completos en cuanto a la cultura física se refiere.

Diversos factores impiden su mayor desarrollo y en consecuencia su mayor popularidad.

En primer término la ineficacia del Consejo Directivo de la Federación Argentina de Basketball de la que se hallan alejados los hombres más capacitados y conocedores del vigoroso juego. Después, la falta de emulación en las comisiones directivas de los clubs y finalmente la poca competición entre nuestros hermanos de nuestro Continente.

En estos días parte para Europa el conjunto de primera división del Hindú. Sin ser un conjunto extraordinario, es, sin disputa alguna, el mejor conjunto Argentino. Es lamentable que no hayan imitado al Boca Juniors en su jira por el viejo mundo, integrando su equipo con jugadores de otros clubs, más capaces que los titulares, pero es bueno recordar que esta jira no es patrocinada por la Federación, sino que es una excursión financiada por cada uno de los participantes, ya como jugadores unos o como delegados otros, presidiéndola el presidente del club, Francisco Borgonovo.

El Hindú, sin ser la mejor representación argentina, como digo, es un equipo que tiene la ventaja de haber actuado todos sus hombres, durante varios años, consecuencia todos, en forma que siempre juntos, conociéndose en lo hace un conjunto discreto y aguerrido.

Tengo entendido que actuarán en España, en Inglaterra y en Francia.

He visto jugar basketball en los dos últimos países nombrados, y creo que el Hindú hará un



papel recomendable. Aunque algunos de sus hombres están en el período inicial de su decadencia, el entrenamiento a que están sometidos, la altura de sus forwards y el entusiasmo de que harán gala en los países que visiten, no es difícil vaticinar algunas victorias de las muchas a que estamos ya acostumbrados los argentinos en materia deportiva.

Así lo espero y así creo que lo desearán los muchos cultores del juego yanqui.

Los campeonatos actuales formados por la Federación Argentina están lejos de provocar aquellos entusiasmos a que nos tenían acostumbrados los organizados por la Asociación Cristiana de Jóvenes, entidad que fué la primera en realizar los primeros torneos con un éxito no igualado aún por la misma Federación.

Aun recuerdo aquellos conjuntos admirables que formara Alumni, Porteño, Nacional, que después se llamó Endurance, y otros que escapan ahora a mi memoria. Conjuntos formados por los más hábiles cultores del basketball tales como el malogrado Juan Carlos Rodríguez Quiroga, César Vázquez, los hermanos Dellepiane, Barbier, Violi, Alberto Birba Raúl Grassi, Hernandorena, Tow, Romero, Bacigaluppi y otros.

Aquellos sí que eran matches reñidos y que provocaban justo entusiasmo entre la enorme concurrencia que todos los sábados por la noche concurría al estadio de la Y. M. C. A.

Allí entonces, no se jugaba, como se hace hoy, por un trofeo. Entonces se jugaba por amor propio, por hacer deporte, por amistosa rivalidad. Todos "echaban el resto" para después ser todos amigos. Aun recuerdo las combinaciones asombrosas de Quiroga, Barbier y Vázquez, tratando de vencer la pareja de back del Nacional, formada por Birba y Grassi. La defensa de Porteño, formada por Romero o Ibáñez, deteniendo los avances del terceto formado por Hernandorena, por Barr, el famoso norteamericano marcador de goals, y el chico O Sanhannagan. Entonces sí, como digo, se veían grandes partidos. Pero es que entonces no había consejos directivos, ni organizaban los torneos los actuales figurones, más dispuestos a organizar paseos y a discutir una tontería cuatro días seguidos, que a hacer algo en favor del popular deporte. Entonces, como digo, había menos comisiones directivas, menos subcomisiones de estudio, menos gente de "talento" pero había más espíritu deportivo y una mayor dosis de entusiasmo.

Es verdad que entonces practicaba el deporte gente seleccionada, deportivamente hablando: pero hoy ya se ha inmiscuído en el consejo e integra los equipos "gente de football", y ya se sabe a lo que conduce ese elemento acostumbrado a toda clase de acomodos.

El basketball, dirigido por gente sensata y culta puede llegar a ocupar el lugar que le corresponde, pero mientras marche como en la actualidad, no pasará de ser un deporte más, de los muchos que se practican. No pasará de ser un vulgar Volley Ball y ya se sabe los beneficios que éste reporta a sus "fieles cultores".

Enrique A. BIRBA

¡Alto Señores!

Llama la atención la solicitud de un premio nacional para la revista "Nosotros"

En su número 209 publica "Nosotros" una solicitud de adjudicación del premio nacional de literatura, subscripta por una cantidad de escritores.

Llama la atención que personas sensatas y honradas como la mayoría de los firmantes, soliciten al gobierno que tergiverse o que viole la ley N.o 9041, que no otra cosa significa tal solicitud.

Esta ley es de fomento de la producción literaria y científica y destinada, como dice su art. 2.o, a premiar al autor o autores de "las tres mejores obras originales" entre las que se "publiquen cada año" en el país sobre asuntos científicos o literarios; y en ninguna forma se habla de fomentar con tal premio, una colección de revistas o diarios. Eso sería usurpar a los autores de libros originales, un premio que les corresponde.

Entendemos que una tal solicitud no prosperará.

El camino seguido por los amigos de tal revista es equivocado. Los mismos firmantes podrían solicitar una subvención al gobierno o ley al Congreso, y eso no tendría nada de particular. Solicitar el premio nacional es un absurdo, una cosa grotesca que solo cabe en la mente de un redactor de la difunta revista que se pretende resucitar.

TIPOS DE DIA DOMINGO



El aficionado al Rowing que va al Tigre

TIPOS DE DIA DOMINGO



El ciclista, con gorra y pipa de inglés

E N   E L   M U N D O   D E L   A R T E

LOS ARTISTAS DE VANGUARDIA ARGENTINOS

Pablo Curatella Manes es un escultor de gran fuerza plástica.

Ocupa un lugar destacado entre los artistas de vanguardia.

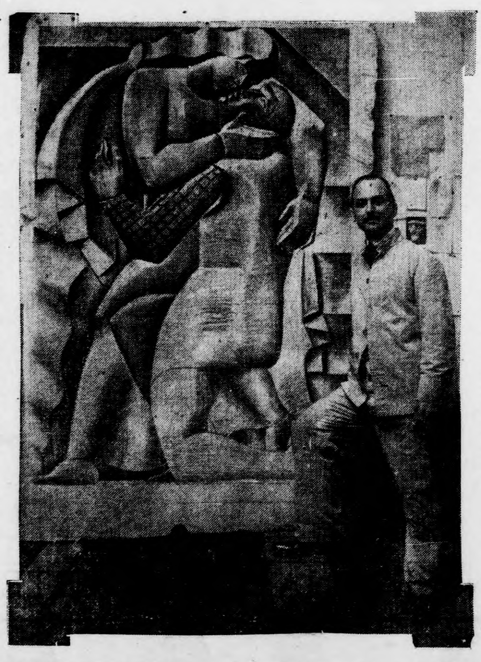
CUANDO EN 1925 se debía efectuar el monumento de la Exposición de artes decorativas, en París, a Curatella Manes le cupo un honor que los franceses no están acostumbrados a ceder a los extranjeros. Se trataba de efectuar la obra a quien De Thubéres, el iniciador, llamaba "La dulce Francia". El monumento de que hablamos debía ser elevado en la esplaanda de los Inválidos. El monumento consistía en una pérgola de piedra junto a una fuente. Ocho fachadas exteriores esculpidas en piedra de Rupt y seis interiores y dos laterales representan leyendas francesas de los siglos once y doce correspondientes a los romances de "la tabla redonda". En la ejecución de esta obra colaboraron numerosos artistas franceses: Joaquín Costa, Martel, Luis Nicot, Hilbert, etcétera.

A Curatella Manes le tocó ilustras plásticamente un pasaje de la historia de Lancelot du Lac. Refiere este pasaje la primera entrevista de la reina Ginebra con Lancelot. Los servidores de la reina se han apartado y fingen distraerse ocupándose de cosas diversas o conversando, al parecer, gravemente acerca de distintos temas. Lancelot va acompañado del príncipe Galehaut, quien pide a la reina que ame al Lancelot. La reina accede y el príncipe le pide que bese a Lancelot en su presencia. Y la reina contesta con atentas razones llenas de gracia y de candor: "Consentiría gustosa, dice, pero la hora y el lugar no lo permiten. Mis damas extrañadas de que haya permanecido tanto tiempo apartada de ellas, no dejarán de miraar. Sin embargo, si él lo desea, lo haré no más". Galehaut se aleja discretamente; pero Lancelot está cohibido y no se atreve a dar el primer paso. Hasta que la reina, viendo que el caballero es tímido, le toma por el mentón y lo besa apasionadamente. Con este tema debía Curatella efectuar una realización jarán de mirar. Sin embargo, si duda que el asunto era adecuado con quien debía tratarlo. De esta manera nació una obra celebrada con la que el autor adquirió justo renombre. El sentido de ésta es el siguiente: el artista ha efectuado un ritmo de líneas y de forma, podando las figuras de todo adorno o detalle superfluo.

Para Curatella Manes la escultura tiene un sentido arquitectural con un amplio y continuado ritmo de líneas y un equilibrio de grandes volúmenes. No se trata acá, estamos muy lejos de ello, de un arte sentimental y analítico que ahonda en el espíritu de las figuras o que intelectualiza las cosas. No es arte metafísico, como diría Spengler. Es pura y exclusivamente escultura con la áspera rudeza de todo lo que es puro. Acostumbran las naciones cuando llegan a cierta madurez el mezclar a su arte problemas que no le pertenecen; pierde así éste su verdadero sentido y de cosa para ser contemplada se transforma en tema de reflexión, comprensión, meditación. El arte entonces llega un momento en que satura de exquisitez metafísica y para defenderse organiza una violenta reacción y los más fuertes se aventuran hasta las fuentes primitivas del arte. En estos momentos es cuando se habla de primitivismo. No recordamos dónde hemos leído esta frase que no olvidaremos así nomás: "en su origen, todo es puro; luego se contamina". El arte no escapa a este postulado. Efectivamente, el progreso cultural en su constante evolución va complicando el espíritu de los hombres y por lo tanto todas las actividades que del espíritu o de la inteligencia derivan. Todas las actividades se influyen entre ellas y de su ajuste resulta una cultura. Es así que la escultura se contamina de psicologismo, de sentimentalismo, intelectualismo. Llégase de esta manera que la emoción pura de arte va siendo cada vez menos posible; porque el hombre ha mezclado sus ideas, sus pasiones y sus deseos a sus expresiones artísticas. Pero el arte vive de acciones y reacciones. Nosotros hemos oído a hombres cultos decir ante verdaderas obras de arte: ¿Cómo es posible que sea bello este mamarracho? Señor, tenemos un concepto completamente distinto del arte y no podremos entendernos nunca, oímos decir a Pettorutti, una tarde en el Witcomb. Es claro.

Después de todo, el arte está contituído por originales y plagiarios. Los primeros serán los potentes que supieron conquistar la belleza en estado puro. Naturalmente, sus obras serán desterradas de todos los salones hasta que los plagiarios se aventuren a imitarlos para llenar con su producción esos vastos cementerios del arte que se llaman museos. Cuando Curatella nos dice que ha buscado "la unidad del movimiento pasional en que cada elemento, a pesar de tener vida propia, quede sometido al conjunto y que la composición no debe tener solución de continuidad en su amplio ritmo", estamos sin duda ante un hombre que ha sentido el arte en su esencia original sin ningún otro factor que no sea el puramente plástico.

Para ilustrar la información creímos necesario insertar los grabados correspondientes a obras que por sus temas y por su realización pueden dar una idea cabal de los fines que persigue quien ha sabido plasmar con raro acierto un tema puramente retrospectivo. Curatella Manes vive actualmente en París. Entre los entendidos goza de una envidiable reputación y a no dudarlo que su sitio entre los escultores de vanguardia dice mucho en favor de sus quilates de talento expresivo.



Esta es una de las obras de mayor valor de las muchas que ha efectuado Curatella Manes, quien goza de envidiable reputación artística.

Esta obra da una cabal idea de los fines que persigue quien ha sabido plasmar con raro acierto un tema puramente retrospectivo.



Otra digna escultura del prestigioso artista de vanguardia, que ha sentido el arte en su esencia original, sin ningun otro factor que no sea el plástico.

LA MESA VACIA

por

Ramón de Solano

• •

AQUELLA temporada tenía el poeta algunos dineros. Gustaba comer en un restaurant de lujo, de esos restaurantes consagrados por la moda. Más aun que su cuerpo se restauraba allí su espíritu contemplando gentes y cosas. Damas elegantes, muy vestidas y muy desnudas; hombres con trajes negros y pecheras albas; espejos dorados, porcelanas, terciopelos, raras estofas y flores lozanas y abundantes. Además, envuelta en aquel ambiente, su fantasía volaba más y mejor que nunca, poseedora de la noble y oculta ciencia de imaginar. La ciencia de imaginar — que además de ciencia tiene que ser arte — consiste mucho en concordar tres tiempos que suelen hacer incompatibles los hombres: el pasado, el presente y el porvenir. Atar a un recuerdo una esperanza y un momento actual es crear una realidad ataviada con preseas antiguas y adornada con posibles plumajes futuros. Ramo maravilloso en que las flores tropicales se enlazan con las flores norteñas y con las flores de artificio. "Los jazmines de Oriente, los nelumbos idel Norte, de Occidente las dalias y las rosas del Sur."

Junto a la mesa que habitualmente ocupaba el poeta había otra mesa. Otra mesa que ofrecía la particularidad de no ocuparse nunca. Era la única del restaurante que solía quedar sin comensales. No había razón comprensible para ello. La mesa era como todas las demás; estaba muy bien situada, delante de un cómodo diván, y desde ella se podían ver admirablemente las otras. Y, sin embargo, nadie se sentaba en aquella mesa. Además, el consabido maitre olvidaba acomodar en ella a la concurrencia. Sonriente y ceremonioso a la vez, preguntaba el número de los comensales, y los conducía a diferentes rincones. Nuestra pobre mesa, a la vera de la del poeta, seguía siempre solitaria, con sus florecillas en el cristalino búcaro y con su palillero de porcelana. El poeta miraba a la mesa con curiosidad y simpatía. Alguna vez pensó en ser él quien la ocupase, como se piensa en sacar a bailar a la mujer olvidada de todos. Pero no se decidía. Parecíale que era quitar su encanto a aquella mesa encantada y decidir con soberbio endiosamiento, de un porvenir misterioso, eso de acudir a interrumpir la soledad de su amiga. El poeta, a falta de otras, había llegado a convertir en amiga suya a aquella mesa. Filosofaba. Se recreaba pensando en que aquella mesa estaba allí sólo para que él la contemplase. Imaginaba extrañas parábolas. Llegó a sospechar que había de indignarse cuando alguien osara ocupar su mesa, que fuera tanto como disputarle su amiga.

Pero una noche entró en el local una hermosa mujer, alta, esbelta, joven y de elegantes ademanes. Detúvose, serena, en la entrada, paseó su mirada por el animado establecimiento, analizándolo todo rápidamente, al parecer. Luego fuése derecha a la mesa solitaria, sentóse a ella, dejó sobre el diván el riquísimo abrigo de piel, la policroma y artística bolsa y los guantes de moda, y llamó a un sirviente, con el que conversó breves instantes en voz baja. Salió el criado y tornó presto, hablando muy quedo a la dama, como dándole razón de algo. La dama tomó un cartoncito y escribió.

El poeta estaba maravillado. Estaba maravillado de la mujer, y maravillado de que hubiera escogido su mesa, y maravillado de que no le preocupase lo insólito del caso. Pero se maravilló más aun cuando el camarero, tomando el cartoncito, se lo entregó ¡a él! Sintió impulso de no tomar el escrito y de advertir al criado que estaba en un error. El criado le dijo que aquella señora deseaba enviarle aquel mensaje. El mensaje decía: "Sé que usted entiende de letras y de arte. Yo desearía hablar con usted". No había firma. El poeta —hombre al fin, y, como hombre, mal pensado— sospechó que había una mujer que deseaba ser invitada a comer. Tomó su pluy escribió, galante: "Me sería muy grato que usted me acompañara a comer esta noche". Llegada la respuesta a la dama, ésta se levantó, sonriente, acomodóse con graciosa naturalidad y preguntó al poeta:



—¿Qué idea se ha formado usted de mí?

—Que es usted extraordinariamente linda. —dijo la cortesía, besando a la verdad.

—Pues en ese caso perdone usted; me había equivocado.

La dama se alejaba. El poeta la retuvo, y, a su vez, interrogó:

—Pues, ¿qué idea quería usted que formase...?

—Ninguna idea. El mérito está en no pensar eso que usted ha pensado. En saber esperar, en no sospechar.

—Pues ya no sospecho nada. Ya no pienso que es usted hermosa.

La dama volvió a sentarse Comieron juntos. Ella sabía el nombre de él; pero no dijo el suyo propio. Habló de arte; preguntó mucho. Venía del extranjero de ver los Museos más notables del mundo. Había leído autores europeos, americanos y hasta indios, pues poseía muchos idiomas. En artes y en letras españolas andaba desorientada. Conoció al poeta por haberle visto retratado en alguna revista y por haber leído su firma. En España no trataba a nadie competente en sus favoritas devociones. Por eso había querido hablar con él. Durante dos horas departieron amigablemente. El poeta había sido buscado como maestro, y estaba siendo discípulo. Lo confesó así, con humildad sencilla. La dama negó tal cosa. Le debía a él noticias de España, de una España que iba a empezar a reconocer al día siguiente. El poeta como es natural, pagó la cuenta de la comida. La extraña mujer no le dió gracias; pero sí un anillo, con grueso aro de oro labrado y con una gema maravillosa. El Poeta besó la mano a la dama, que no le dijo su nombre, y acudió a tomar la bolsa y el abrigo. Al ir el poeta a ayudarle a vestírsele, se fijó en la mesa, y mientras ponía la rica bolsa en manos de su dueña, quiso contar la parábola de la mesa. Y se la contó a la bella mujer. Todo es emblema en la vida. Aquella mesa, vacía siempre, había palpitado aquella noche con la esperanza de que su soledad se interrumpiera al comer en ella una mujer hermosa e inteligente. Pero la vida es así. Un suceso extraño llevó a otra mesa a la mujer. Y la mujer repuso, sonriente:

— Es verdad. La mujer fué a otra mesa; pero dejó en ésta su alma.

Abrió la bolsa y le mostró una carta. Le dijo que era la carta de su marido.

La mesa sonreía irónicamente.

GANESE UNA LIBRA ESTERLINA



Semanalmente nuestros fotógrafos recorrerán la ciudad, tomando instantáneas rostro cubierto. Las personas que crean que aparecerán en esta página, con el reconocerse, deben presentarse en CRITICA y la primera que, efectivamnte se haya reconocido, recibirá una libra esterlina.

TIERRA BRAVIA

(Continuación de la pág. 9)

riquita le alargó un hueso y Leal se marchó al árbol a comérselo.

Juan Antonio pensó una audacia y la dijo sin detenerse, esperando que al oirla la muchacha diera un brinco y dijera protesta:

—Mariquita, ¿quieres dejarme que te bese el lunar?

Muy sosegadamente se limpió la boca con la servilleta y le presentó la cara diciéndole:

—¿Por qué no?

—Mariquita... — dijo Juan Antonio con reproche.

—¿Que?

—¿Así es que tú te dejas besar por cualquiera? — el reproche se hizo actitud.

—Tú no eres cualquiera, eres Juan Antonio, mi hermano.

—No soy tu hermano. ¡Dale con la historia del hermano! No quiero ser tu hermano. Hasta cuándo no vas a entender. No quiero ser tu hermano, no quiero, no quiero...

Hablaba contra su voluntad, arrastrado por el deseo de molestarla, de herirla, de hacerla al fin romper su actitud. Sentía vergüenza de sus palabras y las lanzaba rápida, como pedrada, duramente.

Mariquita lo escuchaba con los ojos dilatados de estupor y la boca temblorosa de pena. No quería ser su hermano... Renegaba de ella... Una ola de amargura la ahogó. Sintió que iba a llorar y como una criatura, con la voz acongojada por los sollozos, dijo lamentable y deliciosa:

—Voy a llorar...

Y lloró grandes lagrimones que trastornaron a Juan Antonio, que le hicieron perder toda otra idea que no fuera darle dulzura de cariño consolador.

Se acercó a ella obligándola a levantar la cabeza para dar con los ojos y secárselos y mirárselos ydecirles toda su ternura y todo su arrepentimiento.

No supieron cómo se encontraron las bocas en un largo beso. Cuando las separaron, suave y amorosamente, Juan Antonio murmuró:

—¿No ves que era imposible ser como hermanos?

IV

Fué cosa rápida realizar el negocio, que estando bien acreditado hubo quien se interesara por el traspaso de las mercaderías y el arriendo del local.

A Abdón Vázquez le habían encontrado pensión en casa de la Micaela, una mujercita medio celestina que fuera la única en aceptarlo. Además el maestro de escuela quedaba encargado de pagar la pensión y de darle una mesada que ellos enviarían puntualmente.

No fué fácil hacer que el hombre se conformara a esta nueva vida. A las primeras palabras de Juliana formó un escándalo de protestas y sólo ante la intervención de Juan Antonio se avino a todo. Pero vomitó sobre ellos maldiciones y promesas de venganza.

Ese mismo día trasladaron sus cosas a casa de Micaela y desde entonces lo vieron tan poco que casi se olvidaron de él. A veces lo divisaban rondando la casa. Otras le mandaba un papelito con un chiquillo a Juan Antonio, para pedirle cinco pesos prestados.

Sin la presencia turbia del hombre, en la casa había una atmósfera quieta de alegría. Juan Antonio y Mariquita se enredaban cada día más en su mutuo cariño y la madre — adivinadora — gozaba en esa dicha que se preveía firme y duradera.

Estaban próximos a partir, con el equipaje listo, un equipaje que costara muchas palabras a Juan Antonio, ya que las mujeres se empeñaban en cargar con mil inutilidades y el muchacho había de convencerlas que era preciso llevar sólo lo indispensable.

Era la última noche que debían pasar en el pueblo. Todos iban y venían agitados, dando Juliana sus últimas instrucciones a los nuevos despacheros para que bien supieran dónde estaba cada cosa; acondicionando Juan Antonio unos paquetes, desesperado al ver los muchos que eran, tratando de reducirlos a uno solo; en grande e inútil actividad Mariquita y que con mucha zalamería quería convencer a Juan Antonio de la absoluta necesidad de llevar el perro.

Pero Juan Antonio no se dejaba embaucar.

—Si es tan lindo. Fíjate cómo me sigue.

—No lo dudo.

—Si me dejas llevarlo te doy un besito.

—Ya me lo darás aunque no lo lleves.

—Juan Antonio: eres malo y no me quieres.

Se hizo el desentendido y dijo:

—No sé cómo diablos voy a arreglar este mundo de paquetes. ¿No habrá por ahí un gangocho grande?

—Debe haber en la bodega.

—Llama al mozo para que vaya a buscar uno. Con papeles es inútil arreglar todo esto. Y todavía, apuesto cualquier cosa a que antes de irnos salen con otros "paquetitos" que quieren llevar.

—Regañe, hijito, regañe, que así luego se pondrá viejo.

—¿Quieres llamar al mozo?

—Salió. Fué a la botica a dejarle a doña Filomena un recuerdo que le manda la mamita.

—Anda tú, entonces. ¿quieres? Tráete un gangocho que no esté muy sucio. ¿Te dará miedo?

—Pero no... Soy muy valiente... ahora... — agregó, como mirando un motivo de terror que hubiera desaparecido.

Y salió, sonriéndole luego de encender un farol y de tomar una llave del quicio de la puerta. El perro no se fué tras de ella.

Juan Antonio siguió su monólogo interno contra los paquetes. Unía los más pequeños, les buscaba ajuste para formar una masa cuadrada.

El perro, en el fondo del sitio, empezó a ladrar frenéticamente. De pronto dió un aullido doloroso, como si un golpe lo hubiera alcanzado. Y volvió a ladrar luego de un silencio, con mayor frenesí aún.

Juan Antonio, absorto en su tarea, no le prestaba atención.

Llegó Juliana del despacho.

—Parece que anduviera gente en el sitio — dijo.

—Es la Mariquita que fué a la bodega a buscar un gangocho.

—¿Sola? — exclamó la mujer en un grito.

—Sí, ¿por qué?...

—Abdón... — y salió corriendo.

Juan Antonio, despavorido por un presentimiento, echó a correr detrás de ella.

Afuera había una noche opaca, que el cielo se estriaba con enormes nubarrones negruzcos. Una que otra estrella asomaba por los trechos de cielo, plateada y temblorosa. Corría viento norte, tibio y caliginoso, anunciador de lluvias. Y el perro seguía apedreando el silencio con sus ladridos.

Les sirvió de guía. Frente a la puerta de la bodega divisaron las sombras luchando.

—Suéltala... condenado... suéltala... — gritó la mujer.

—Ma... — alcanzó a decir Mariquita, porque Abdón Vázquez le echó la manta por la cabeza y le sofocó la voz.

Trataba de arrastrarla adentro y cerrar la puerta de la bodega. Encerrado, aunque los otros llegaran — sentía su carrera y sus gritos — podía hacer tranquilamente lo que quería. La muchacha no atinaba a defenderse, medio ahogada. Pero Leal se aferró a una de sus piernas y por tirarle una patada, en lo que echó en volverse. Juan Antonio estuvo a su lado con tal horror en las entrañas por lo que podía haber pasado, que una niebla le tapaba los ojos, con tal ira en el alma por la monstruosidad aquella que los dientes le castañeteaban.

—¡Ah! — rugió, y se le fué encima.

El hombre a quien el deseo y el arcohol habían vuelto una fiera — buscó en la faja y rápidamente asestó una puñalada que se clavó en el pecho del hijo.

—Para que me las paguen todas juntas ahora.

Juan Antonio dió un gemido y se apoyó en la puerta de la bodega, tambaleándose. El hombre huyó.

Llegaba Juliana.

—Mariquita... Mariquita...

—Está ahí, contestó el joven, feblemente.

La madre tuvo la intuición del drama. Se abalanzó a abrazarlo.

—Mi hijo... Mi hijo... ¿Qué tienes? ¿Por qué te apoyas ahí?

—No es nada, mamita, no es nada.

— Qué tienes? ¿Qué pasó? — Y como al abrazarlo tocara la humerad pegajosa de la sangre:

—¿Estás herido? ¿Herido? ¡Oh!...

—Si no es nada, si es un rasguño... Mire, puedo andar perfectamente. Déjeme moverme.

De la casa acudía gente con luces.

—Doña Juliana. Doña Juliana, ¿Dónde están?

—Aquí en la puerta de la bodega. Vengan.

Mariquita se había quitado la manta y con los ojos estúpidos miraba al grupo de la madre y el hijo, sin darse cuenta de lo que había pasado.

—Mamita... Mamita... ¿Qué pasó?

Llegaban las gentes con las luces. Venían locos de preguntas. Pero la mujer no contestaba, que ansiosamente se apoderó de una vela para examinar la herida: era larga, poco profunda y manaba sangre en abundancia.

—¿Sangre? Pero... — y la chiquilla no pudo decir más, que se representó todo lo que había pasado.

—No es nada — dijo la mujer —; en tres dias estará cerrada. ¿Te duele?

—No mucho.

—Pero, ¿qué pasó? — seguían preguntando los otros.

—Dios averigua menos y perdona — contestó Juliana. —Tómate de mi brazo y vamos para la casa.

Se pusieron en marcha y en grupo se fueron dentro. Adelante Juliana con el hijo andando sin dificultad, detrás Mariquita lloriqueando y los otros murmurándose la verdad que maliciaran.

—El viejo... si es tan bestia...

En la galería Juan Antonio se sentó para que la madre le hiciera una curación. Y como los dos estuvieran muy tranquilos y sin comentarios y Mariquita se hallara aun entontecida, los otros se fueron al despacho a conjeturar y comentar a su gusto.

Cuando se vieron los tres solos tuvieron la sensación de que allá afuera habían vivido años. Un mismo pudor los hizo callarse las impresiones. Juan Antonio y Mariquita se escudriñaban como si esperasen encontrarse distintos. Les parecía maravilloso verse idénticos.

Al joven no le bastó mirarla, alargó la mano y la atrajo para convencerse de que en realidad la tenía al lado en cuerpo y alma. La madre, reconcentrada, parecía rezar con el temblor de los labios. No daba otro signo de emoción.

—¡Pobrecita! — dijo murmurando las palabras de Juan Antonio.— ¡Cuánto tendremos que quererte para que olvides este horror de anoche! Piensa que desde mañana empezaremos otra vida.

—¿Con el Leal? — interrogó ingenuamente la chiquilla.

—Con el Leal. Lo llevaremos. Y él también tendrá otra vida desde mañana

—¡Otra vida— dijo como un eco la madre.

Y se quedaron silenciosos en la espera de ese mañana que era el alba de la nueva vida.

FIGURAS DEL CINE



Tomás Meighan, el celebredo actor norteamericano, en una de sus más acertadas caracterizaciones. Nuestros aficcad, actuación de Meighan en el papel cionado recordarán, sin duda, la desta principal de los films "Macho y Hembra" y "El vengador de Alaska", en cuya interpretación puso de manifiesto sus estimables condiciones artísticas.

LOS PERROS BRAVOS



EL VALIENTE CAZADOR, por ROJAS



Chacho y Papito eran dos niños que se entusiasmaban cuando leían en los libros aventuras de caradones de fieras.

El tío Alfredo amaba a sus sobrinos y siempre les narraba cuentos de fieras y aves de rapiña

Unas veces les decía que cuando él era cazador en Africa, su gesto era cortar en rajitas la trompa de los elefantes como se hace con el salame de Milán



A los leones, después de darle patadas y escupirles la cola les cortaba la melena a la "garcón". como si fueran niñas fifí .

Chacho y Papito, ante el tamaño valor del tío Alfredo, abrían los ojos espantados de oir tanta proeza

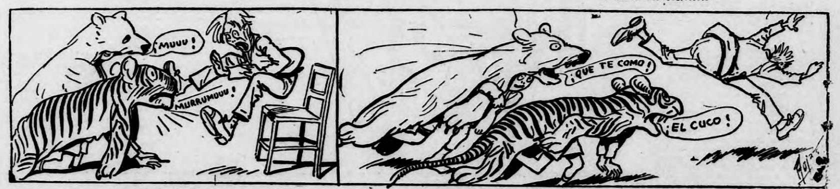
Pero, como es natural, de narrar tan espeluznantes episodios, el tío Alfredo se dormía, porque ya no sabía más qué decir



Dormido del todo, Chacho y Papito comentaban las hazañas cinegéticas del tío

Dispuestos a ver en la realidad la repetición de aquellas famosas cacerías

Se les ocurrió colocarse, uno la piel de tigre que había a los pies de la cama, y el otro la del oso blanco que cubría el suelo del escritorio



Ante semejante aparición

el tío Alfredo, famoso cazador de animales feroces en Africa, no se le ocurrió más que disparar para librarse de la muerte trágica que se le prontaba